

12

INFORME
ESPAÑA
2 0 0 5

una interpretación
de su realidad social



Fundación Encuentro



Edita: **Fundación Encuentro**
Oquendo, 23
28006 Madrid
Tel. 91 562 44 58 - Fax 91 562 74 69
correo@fund-encuentro.org
www.fund-encuentro.org

ISBN: 84-89019-29-0
ISSN: 1137-6228
Depósito Legal: M-15638-2005

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Antonio Alonso Martín, s/n - Nave 10
28860 Paracuellos del Jarama (Madrid)

PARTE QUINTA: TERRITORIO**Capítulo IV**

LA NUEVA MOVILIDAD RESIDENCIAL	265
I. Tesis Interpretativas	267
1. La migración como respuesta, la migración como reto	267
2. La erosión social de las ciudades	267
3. Una ciudad infinita, una ciudad insostenible	269
4. Un mundo rural que hipoteca su futuro	270
II. Red de los Fenómenos	272
1. Los cambios de residencia de la población, un indicador complejo	272
1.1 Una sociedad cada vez más móvil	274
1.2 El sentido de la migración: entre la necesidad y la voluntad	277
2. Ciudades que pierden población y transforman su vida social	281
2.1 Cuando las ciudades se quedan sin jóvenes	284
2.2 Las nuevas ciudades dormitorio	290
2.3 Hacia una segregación social de los centros históricos	299
3. El mundo rural: estación de salida y de retorno	302
3.1 Los jóvenes siguen marchándose	304
3.2 La influencia del retorno	315
3.3 Las áreas rurales que “renacen”	318

Capítulo IV

LA NUEVA MOVILIDAD RESIDENCIAL

I. TESIS INTERPRETATIVAS

1. La migración como respuesta, la migración como reto

Los cambios de municipio de residencia que realizan los españoles son una evidencia clara de las desigualdades territoriales existentes, de manera que la migración actúa como respuesta a una situación de insatisfacción individual o familiar (de carácter residencial, laboral, económico, relacionada con la salud u otras), que trata de paliarse con la modificación del lugar de residencia habitual. Más que un hecho anecdótico, las migraciones interiores son, por tanto, una constatación de las deficiencias de algunas áreas y de los atractivos de otras.

Igualmente, la migración no tiene un efecto neutro sobre el lugar de partida ni tampoco sobre el de llegada. Por ello, cabe considerarla como reto, tanto si se aborda desde la voluntad de frenar la emigración en aquellos lugares que se configuran como expulsores de población como si se trata de dar respuesta al crecimiento de la población en aquellos que acogen a los nuevos residentes. En definitiva, la migración debe ser entendida como respuesta a determinadas situaciones y también como llamada de atención, ya sea de la realidad presente o de sus implicaciones de futuro. De ahí su interés y perenne actualidad.

2. La erosión social de las ciudades

Ente 1991 y 2001 las grandes ciudades españolas han perdido población, según los respectivos censos. Los saldos migratorios de muchas de ellas –también las de mediano y pequeño tamaño– registran valores negativos que se repiten año tras año. Las ciudades se vacían de adultos jóvenes que se marchan de su barrio y se alejan de su familia, a pesar de que muchos de ellos optarían, si pudiesen, por seguir viviendo en él. El aumento del precio de la vivienda castiga de manera especial a los jóvenes que buscan su primer hogar, que, en general, tienen salarios más bajos y mayor precariedad laboral. Sin embargo, estos jóvenes son el futuro, pues sin ellos y sin sus hijos (los que ya tienen y, sobre todo, los que tendrán en el futuro), las ciudades envejecen de manera mucho más rápida, aumenta la proporción de viviendas vacías u ocupadas por una única persona, se erosiona su capital humano y social, se obstaculiza la transferencia de ayuda intergeneracional tan importante en sociedades como la nuestra y se favorece el avance de la terciarización.

Las medidas puestas en marcha para frenar la pérdida de población de las ciudades no suelen ahondar en la raíz del asunto ni son una apuesta decidida por atajar el problema del precio de la vivienda. Por tanto, no logran acometer sus objetivos demográficos y mucho menos contentar a los que sufren de forma más directa el problema, que se sienten abandonados y defraudados. Hasta el momento, la mayor parte de las políticas de las ciudades han postergado a un segundo plano el que es, sin duda, su principal valor: las personas que viven en ellas y que las dotan de vida y sentimiento.

Paralelamente a la expulsión de población, algunos barrios, especialmente aquellos con un atractivo emblemático o donde se han llevado a cabo iniciativas de rehabilitación, se llenan de *gentrificadores* o personas con nivel formativo y económico elevado que prefieren vivir en áreas de estas características. La instalación de estos nuevos residentes desencadena una serie de efectos, como el aumento del precio de la vivienda o la transformación morfológica, comercial y social del barrio. Se trata de un proceso de *invasión-sustitución*, por el que los nuevos residentes desplazan al componente social tradicional del barrio, transformando la identidad del mismo.

Tres factores favorecen este proceso. En primer lugar, la existencia de un grupo creciente de población que responde a estas características sociodemográficas, que se convierte en una demanda consolidada cuyo poder adquisitivo le permite asumir los mayores costes asociados a la vida en estas zonas. En segundo lugar, los promotores inmobiliarios, quienes se encargan de confeccionar un producto de *alto standing* con el fin de dar respuesta a la demanda existente y avivar un mercado caracterizado por un precio de la vivienda excepcionalmente elevado y por generar beneficios extraordinarios. El tercer elemento que actúa a favor de la *gentrificación* es la connivencia de los poderes políticos locales, quienes ven en estos nuevos residentes la mejor herramienta para consolidar y expandir las actuaciones de rehabilitación urbanística que llevan a cabo.

En este contexto, la expulsión de las clases populares o la elitización de los barrios como consecuencia de un mercado inmobiliario claramente restrictivo, debido al elevado coste de la vivienda, se acepta como el precio a pagar para frenar procesos de degradación de los cascos históricos o de zonas recientemente rehabilitadas y demostrar así el éxito de sus políticas urbanísticas. Se llega a la paradoja de que las políticas para mejorar las condiciones de vida de la ciudad, reclamadas por los propios ciudadanos, acaban causando su expulsión, mientras que son los recién llegados al barrio quienes se beneficiarán de los progresos conseguidos gracias a las reivindicaciones de los que ahora son empujados a marcharse.

3. Una ciudad infinita, una ciudad insostenible

En los últimos años, las periferias de las ciudades se han convertido en refugio de las personas que se marchan de las mismas, bien como consecuencia del menor coste de la vivienda, bien por su entorno más atractivo y de mayor calidad residencial o bien siguiendo las tendencias de descentralización de las actividades económicas que alejan una creciente proporción de puestos de trabajo de las áreas urbanas centrales. Con el fin de ofrecer una oferta que cumpla alguna de estas condiciones, se inicia un proceso que involucra a un conjunto cada vez más amplio y alejado de municipios, los cuales se convierten en áreas de expansión residencial de las ciudades.

De esta manera, se produce un crecimiento demográfico y urbanístico de gran celeridad en algunas áreas, con un impacto que transforma su contenido social y el paisaje de determinados parajes. A pesar de los problemas que un crecimiento tan rápido puede producir –incluido el riesgo de convertir estas zonas en nuevos *barrios dormitorio*–, los responsables municipales suelen ver con agrado el incremento poblacional, sin evaluar sus implicaciones a medio y largo plazo. Así, la dotación de equipamientos y servicios capaces de absorber la demanda generada por el aumento de residentes, evitar la fragmentación social o favorecer la cohesión social de los barrios que experimentan mayor crecimiento y del conjunto del municipio son preocupaciones que afloran cuando ya se trata de una realidad presente. En estos casos, la planificación a escala local no debe atender exclusivamente a la regulación del suelo edificable, sino que es responsable de temas como la modalidad de vivienda que se permite construir o la previsión de las necesidades que se derivarán de su inmediata construcción y ocupación. Se trata de no ir a remolque del día a día. En muchas ocasiones, los planes de urbanismo de los municipios se preocupan extraordinariamente por cuestiones como la edificabilidad, la densidad y otros temas de índole morfológica y se olvidan o subvaloran la dimensión demográfica y social que se deriva de sus decisiones.

El impacto del crecimiento de las periferias se agrava cuando el modelo de ocupación del espacio por el que se opta es de carácter disperso, en el que la población que vive alejada de los cascos urbanos aumenta significativamente. La urbanización dispersa supone un enorme consumo de suelo construido, una extrema dependencia del transporte privado, además de tener fuertes costes suplementarios tanto para los presupuestos familiares como para las arcas municipales. Los costes adicionales de la ciudad de baja densidad frente a la compacta la convierten en un modelo con un impacto social, económico y medioambiental que hace insostenible su expansión sin límites e inviable un crecimiento tan intenso como el experimentado en los últimos años. El fuerte ritmo de crecimiento del urbanis-

mo disperso es un elemento más del conjunto de erráticos cambios acaecidos en los últimos años en el mercado inmobiliario en España, además del desorbitado aumento del precio de la vivienda (ya sea en régimen de propiedad o de alquiler), el incremento del parque por encima de las necesidades demográficas (estimadas a partir del crecimiento de la población o por la formación de nuevas familias) o el desproporcionado porcentaje de viviendas deshabitadas. Muchos son los intereses y factores coyunturales que han conducido a la situación actual pero, sin duda, no es posible –ni deseable– que continúe en el futuro en esta misma dirección.

4. Un mundo rural que hipoteca su futuro

Las dificultades que padece el mundo rural para vencer las inercias creadas tras décadas de olvido, emigración y desinversión se hacen más evidentes, si cabe, al observar sus tendencias demográficas más recientes. La mayor parte de los municipios rurales siguen padeciendo una acuciante pérdida de población, especialmente grave debido a que son sus jóvenes los que se marchan con mayor intensidad. La necesidad de completar su formación, la promoción laboral o el acceso a una oferta de ocio, equipamientos y servicios mucho más amplia son los motivos que les impulsan a abandonar los pueblos donde nacieron.

Sin embargo, el mundo rural cuenta en nuestros días con varias bazas que no deberían dejarse escapar. En primer lugar, algunas encuestas recientes se hacen eco de la buena sintonía entre los jóvenes rurales y su tierra originaria, de manera que muchos de ellos expresan su voluntad de quedarse en su pueblo si encuentran allí unos mínimos que garanticen una calidad de vida equiparable a la de otros ámbitos. El proyecto migratorio sólo surge, pues, cuando es totalmente necesario y podría frenarse si las áreas rurales paliaran algunos de sus déficit actuales. En segundo lugar, la continuidad de movimientos migratorios de retorno hacia los municipios de menor tamaño demográfico demuestra que el mundo rural sigue presente como lugar de destino cuando los factores que intervienen en la migración lo hacen posible, y que no es olvidado ni descartado totalmente cuando se abandona. En tercer lugar, las nuevas tendencias en la economía postindustrial amplían tanto el catálogo de actividades como la geografía del desarrollo económico, pues el dinamismo ya no recae exclusivamente en la industria tradicional, sino que existe una diversificación y deslocalización de los sectores de actividad económica que son rentables que puede incluir también a ámbitos rurales.

Un elemento más que hay que añadir es que ahora, como nunca, existe una sensibilización de la sociedad –sobre todo la urbana– por los valores ecológicos intrínsecos en la mayor parte de los espacios rurales. Éste

es el motivo que explica tendencias como el auge del turismo rural, la expansión de la búsqueda de segundas residencias en zonas poco densas o el cuidado del patrimonio disponible en zonas rurales de las que la familia emigró. Por otro lado, las áreas que han basado su desarrollo en el aprovechamiento de su atractivo ecológico deben preservar dichos valores y evitar su desvirtuación y degradación, como ya ha sucedido en algunas zonas de la costa o de los pueblos turísticos de montaña.

En definitiva, actualmente hay muchos aspectos que pueden constituir una oportunidad para el mundo rural; tan sólo hay que buscar la forma de aprovecharlos. Las estrategias de desarrollo local deben adaptarse en función de las características y potencialidades particulares de cada uno de los casos, por lo que no existe una fórmula única que sea aplicable al conjunto de la ruralidad.

La lista de asignaturas pendientes del mundo rural está encabezada por la necesidad de proporcionar una vida digna a sus habitantes. El empleo ocupa una posición destacada, pero, sin duda, no es el único aspecto que hay que considerar. También la cobertura de necesidades básicas y la disponibilidad de servicios, equipamientos y lugares de ocio –muchos de ellos públicos– son cada vez más valorados. En este sentido, las iniciativas que pueden potenciar estos aspectos son diversas y abarcan desde la mejora de la red de carreteras o del transporte público hasta la formación de mancomunidades de municipios para gestionar determinados servicios o equipamientos, pasando por el abanico de oportunidades que abre la incorporación de las nuevas tecnologías. Igualmente, la responsabilidad de las distintas Administraciones Públicas es innegable, pues de ellas depende la puesta en marcha de mecanismos que garanticen poder trabajar y vivir de forma digna en los distintos pueblos de España.

El optimismo despertado por la existencia de municipios rurales que recuperan sus indicadores económicos y demográficos no puede generalizarse, pues muchas de las áreas que invierten sus trayectorias tienen características no extrapolables al resto de los casos, como son la proximidad a un ámbito urbano o condiciones específicas que hacen posible su explotación turística. Sin embargo, sí abre la puerta a la esperanza a muchas otras áreas que tienen pendiente encontrar el camino hacia su supervivencia. En caso de no lograrse este objetivo, se pondría en peligro la pervivencia de la mitad de los municipios de España, aquellos con menos de 2.000 habitantes que han perdido población en el último decenio. De ahí la importancia y la urgencia de frenar la emigración rural y la degradación de las condiciones de vida de los municipios con menos población, que son, no cabe olvidarlo, una gran mayoría del territorio español.

II. RED DE LOS FENÓMENOS

1. Los cambios de residencia de la población, un indicador complejo

Cada año son muchas las personas que cambian de municipio de residencia en España para trasladarse a uno nuevo, ya sea cercano o lejano. Según la Estadística de variaciones residenciales, desde 1999 se producen anualmente en España más de un millón de cambios de municipio de residencia; según el Censo de población de 2001, casi cuatro millones de personas se han trasladado a un nuevo municipio en el último decenio (1991-2001).

Más allá de la disparidad de los datos (cuadro 1) y de su frialdad, cada uno de estos cambios de municipio de residencia tiene detrás una historia personal y familiar: necesidades vitales no satisfechas (residenciales, económicas, laborales, relacionadas con la salud u otras) que las personas y las familias intentan cubrir o paliar a través de la búsqueda de un nuevo lugar donde vivir. A su vez, cada región, cada municipio y cada barrio acusa los efectos que se derivan de la llegada de nuevos vecinos o la marcha de sus habitantes.

Cuadro 1 – Fuentes para el estudio de las migraciones interiores

Uno de los principales problemas en el estudio de las migraciones es la fiabilidad de las fuentes disponibles y las limitaciones de cada una de ellas.

El análisis de las migraciones con datos censales se basa en la comparación del lugar de residencia de cada persona en el momento censal respecto al que se declara en el anterior censo. Esto supone trabajar con población mayor de 10 años (ya nacidos en la fecha del censo anterior), la pérdida de los movimientos de personas que fallecen antes del momento censal, además de la omisión de los movimientos que se hayan podido producir en el transcurso del período en caso de realizarse más de uno, y no considerar como migrante a una persona que haya cambiado de residencia si el lugar de residencia en los dos censos coincide, es decir, si tras la emigración ha retornado.

En cambio, la Estadística de variaciones residenciales (EVR) computa los movimientos de cambio de residencia que se producen cada año (altas y bajas padronales) de toda la población, cualquiera que sea su edad. Mide movimientos y no personas, de manera que una misma persona puede realizar más de una migración por año.

La distinta naturaleza y filosofía de cada una de estas fuentes se aprecia en la periodicidad en que aportan la información (decenal en el caso del Censo; anual en el de las EVR) y en el volumen, mucho mayor en el caso de las EVR. Sin embargo, ambas fuentes suelen coincidir en la interpretación de las grandes tendencias y características de la migración que se pueden hacer a partir de ellas.

En este capítulo se utilizan ambas fuentes, siempre tratando de recurrir a la que nos aporta mayor riqueza de información.

Todo este conjunto de aspectos demuestra que estudiar las migraciones es mucho más que describir los desplazamientos de la población en el territorio: es entender cuáles son los factores individuales, familiares y sociales que generan una insatisfacción o necesidad suficientemente intensa como para compensar los trastornos que supone todo cambio residencial. A su vez, revela cuáles son las áreas que crean mayores descontentos y cuáles son las que dan respuesta a los mismos. Y, finalmente, nos recuerda que los cambios residenciales de la población no suelen tener efectos neutros, sino que contribuyen, entre otros aspectos, a modelar la demanda de servicios, a transformar el paisaje o a modificar el componente social de un lugar. Todos estos argumentos ganan en interés cuando nos adentramos en una coyuntura en la que la movilidad residencial de la población aumenta, como la que se inicia en España a finales del siglo pasado.

Cuando se analizan las migraciones en términos genéricos se comprueba que éstas responden a la multitud de combinaciones que pueden darse entre tres grandes grupos de factores. Un primer elemento que facilita la comprensión de la migración de la población es la consideración de las **características del lugar de salida**, los factores de expulsión, es decir, los elementos de *insatisfacción* que impulsan a las personas a cambiar de residencia. Así, por ejemplo, vivir en un municipio con un elevado coste de la vivienda, con escasas o nulas oportunidades laborales o falta de servicios puede dar pie a la emigración.

El segundo aspecto son las **oportunidades ofrecidas por el lugar de llegada**, es decir, los factores de atracción que implican una *mejora* previsible capaz de desencadenar una migración. Ésta es la situación de municipios con una oferta residencial atractiva o con un mayor dinamismo económico, elementos que pueden actuar como incentivos de la migración.

La valoración de los dos factores anteriores cambia de forma considerable según la **etapa vital (individual y familiar)** en que se encuentra la persona. Según la fase vital que se atraviesa (emancipación y formación del hogar, llegada de los hijos, jubilación, soledad, problemas de salud relacionados con la edad, entre otros), las necesidades de la persona (o familia) cambian, al igual que la valoración que se hace de las condiciones del lugar de llegada y de salida.

Este capítulo abordará el complejo encaje de los elementos señalados (principalmente edad, situación familiar, motivaciones, origen y destino), tratando de completar ese puzle que nos permite entender cómo son las migraciones interiores de la población española en la actualidad, pero, sobre todo, cuáles son los factores que las explican y qué significan para la sociedad de nuestros días. En primer lugar, se presentarán los aspectos generales para, a continuación, reflexionar sobre los procesos que afectan al mundo urbano y los que se dejan sentir en el mundo rural.

1.1 Una sociedad cada vez más móvil

La sociedad española es cada vez más móvil. Al menos ésta es la impresión que se obtiene cuando se observa la evolución más reciente de las migraciones internas en España. El incremento de los desplazamientos es un elemento que se debe destacar, pues, a pesar de las continuas oleadas migratorias que han caracterizado la historia demográfica de nuestro país, la sociedad española ha registrado en conjunto unos niveles de migración moderados. Esta mayor sedentariedad es evidente cuando se compara la biografía migratoria de los españoles con la de otros países, como los anglosajones o la mayoría de nuestros vecinos europeos. De este modo, si se considera la historia de las generaciones que tienen más de 60 años en la Encuesta Sociodemográfica de 1991, se aprecia que casi un 46% de las personas no ha cambiado nunca de municipio de residencia y un 29% tan sólo lo ha hecho una vez. En promedio, los miembros de esas generaciones apenas han realizado un cambio de municipio a lo largo de su vida. Y eso que son las que vivieron en su juventud la guerra civil y su posguerra y el incipiente desarrollismo industrial que impulsó el éxodo rural¹.

La sociedad española siempre ha valorado de forma muy positiva el arraigo, el sentimiento de pertenencia a un lugar y la proximidad de la familia. Cabe recordar que la población española ha sido bastante reacia a la migración, especialmente cuando se trata de una migración de media o larga distancia. Migración era sinónimo de desarraigo, de ruptura de la red de solidaridad familiar, de pérdida de identidad y del sentimiento de pertenencia al lugar donde se vive, y así hasta un largo etcétera de costes sociales, familiares y personales. La marcha de un hijo o hija a otro municipio era fruto de una causa mayor que se aceptaba con resignación, más cuanto más lejano fuese el destino².

Desde una perspectiva temporal, la evolución reciente de las migraciones en España permite distinguir tres claras etapas que los distintos censos de población se han encargado de caracterizar. En primer lugar, durante la década de los años sesenta se registraron unos niveles de migración intensos, pues el éxodo rural llevó a millones de españoles a dejar las zonas rurales y trasladarse –en muchos casos a otra provincia y región– hacia las áreas metropolitanas de las grandes ciudades, donde la implantación de la industria generaba una fuerte demanda de mano de obra.

¹ El análisis detallado del comportamiento de estas generaciones es estudiado por Puga, D. (2004): *Estrategias residenciales de las personas de edad*. Barcelona: Fundación La Caixa.

² Una muestra de esta opinión se recoge en los trabajos sobre la emigración española al extranjero a mitad del siglo XX realizados por sociólogos como Juan José Castillo o José Cazorla Pérez.

Con el fin del éxodo rural, que tiene como resultado una drástica redistribución de la población española hacia las áreas industrializadas y litorales y con las zonas rurales seriamente despobladas, se inicia una etapa de freno de los flujos migratorios. Las décadas de los años setenta y ochenta se caracterizaron, en consecuencia, por el descenso progresivo de la migración, en especial de la interprovincial, mientras que la de corta distancia se estabilizó en niveles similares. La sedentariedad tradicional de la sociedad española –que se creía quebrantada únicamente de forma puntual por los cambios socioeconómicos relacionados con la industrialización y la urbanización–, el agotamiento de los excedentes demográficos de las zonas rurales, las políticas de reequilibrio territorial consecuencia del desarrollo del Estado de las Autonomías, la crisis de las áreas industriales y su reconversión productiva, junto con la ausencia de destinos con demanda intensa de mano de obra, son, entre otros, algunos de los argumentos esgrimidos para explicar la disminución de las migraciones interiores en este período. Todo parecía apuntar a que las migraciones podían instalarse en los parámetros propios de una baja movilidad.

Tabla 1 – Evolución de las migraciones interiores. 1991-2003

	Migraciones interiores				Total	Migraciones interiores según nacionalidad		
	Interprovincial		Intraprovincial			Españoles (1)	Extranjeros	% de extranjeros (2)
	Absoluto	% sobre total	Absoluto	% sobre total				
1991	193.543	46,12	226.065	53,88	419.608	412.962	6.646	1,58
1992	262.914	42,71	352.608	57,29	615.522	602.716	12.806	2,08
1993	281.599	40,51	413.461	59,49	695.060	680.284	14.776	2,13
1994	303.366	40,05	454.082	59,95	757.448	739.875	17.573	2,32
1995	318.581	39,40	490.096	60,60	808.677	789.607	19.070	2,36
1991-95	1.360.003	41,26	1.936.312	58,74	3.296.315	3.225.444	70.871	2,15
1996	226.201	39,42	347.616	60,58	573.817	558.620	15.197	2,65
1997	308.209	38,78	486.472	61,22	794.681	766.269	28.412	3,58
1998	357.225	38,28	575.998	61,72	933.223	893.694	39.529	4,24
1999	392.923	39,05	613.215	60,95	1.006.138	955.247	50.891	5,06
2000	408.578	39,59	623.506	60,41	1.032.084	952.458	79.626	7,72
1996-00	1.693.136	39,01	2.646.807	60,99	4.339.943	4.126.288	213.655	4,92
2001	398.410	40,06	596.205	59,94	994.615	889.814	104.801	10,54
2002	533.445	40,29	790.482	59,71	1.323.927	1.085.061	238.866	18,04
2003	614.691	41,88	853.212	58,12	1.467.903	1.174.313	293.590	20,00
2001-03	1.546.546	40,84	2.239.899	59,16	3.786.445	3.149.188	637.257	16,83

(1) Se refiere a migración interior (el origen y el destino es algún municipio español), pero sin personas de nacionalidad no española. (2) Proporción de personas de nacionalidad extranjera sobre el total de migraciones interiores (el origen y el destino del desplazamiento es algún municipio español).

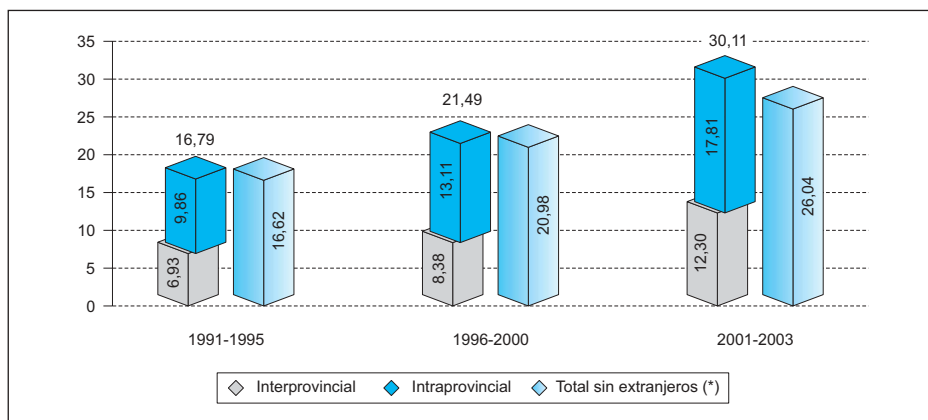
Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población*, varios años; e INE, *Padrón municipal de habitantes*, varios años.

En cambio, si observamos la evolución acaecida desde 1991 hasta 2003 (tabla 1), los pronósticos de estabilidad migratoria se desvanecen. Los desplazamientos internos de la población aumentan año tras año, con la única excepción de los años coincidentes con la operación padronal. Los datos más recientes confirman las tendencias de crecimiento, pues desde 1999 más de un millón de personas efectúan cada año un desplazamiento interno en España. Las tasas también se intensifican, en especial en el caso de la migración intraprovincial (gráfico 1).

Una primera sospecha puede hacer replantear la interpretación de esta tendencia: ¿puede la creciente importancia de la población de nacionalidad extranjera en España –y sus superiores pautas de migración– estar alterando las tendencias generales y acentuando ficticiamente la movilidad? Aunque el aumento del peso de los extranjeros residentes en España en las migraciones interiores de nuestro país es evidente –en poco más de 10 años han pasado de representar algo más del 1% del total a sumar prácticamente el 20% de los movimientos internos–, su influencia no es determinante. Aun eliminando su contribución a los desplazamientos interiores, la migración se incrementaría paulatinamente, de forma menos intensa pero igualmente continuada (tabla 1).

La mayoría de los desplazamientos que se producen en la actualidad se realizan en el marco de la misma provincia: según los últimos datos, rondan el 60% del total, presentan tasas más elevadas y experimentan un mayor incremento en el tiempo. A ellos cabría unir las migraciones interprovinciales que aun realizando un cambio de provincia han de ser consideradas como de corto recorrido, como sucede en el caso de los numerosos madrileños que se trasladan a las provincias limítrofes, como Guadalajara

Gráfico 1 – Evolución de la tasa anual de migración neta. En tanto por mil. 1991-2003



(*) Se refiere a migración interior (el origen y el destino es algún municipio español), pero sin personas de nacionalidad no española.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población*, varios años; e INE, *Padrón municipal de habitantes*, varios años.

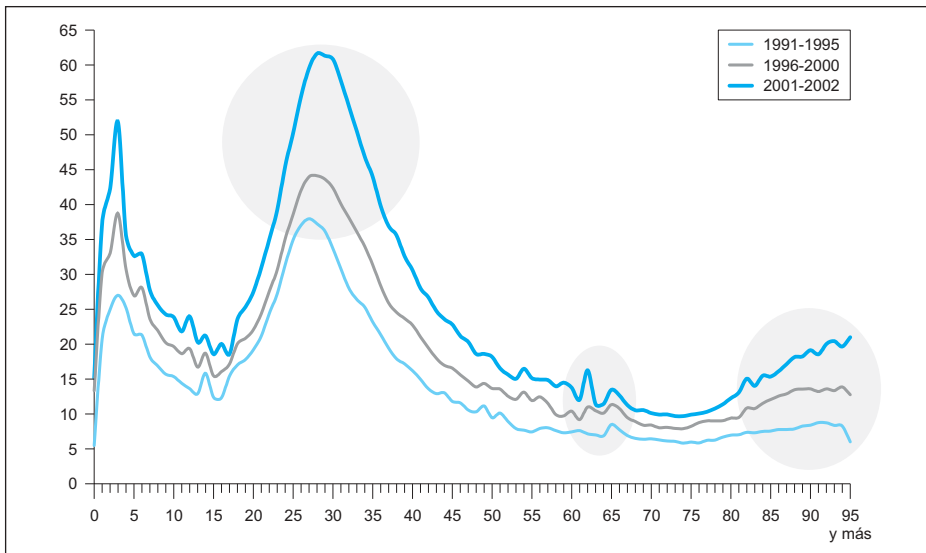
o Toledo, los barceloneses que lo hacen hacia Tarragona o Girona o los vizcaínos hacia municipios cántabros. En conclusión, queda claro que en los cambios de municipio actuales prevalecen los desplazamientos de corto recorrido, lo que, a pesar de ser una migración igual que las demás, representan, en principio, un trastorno menor que las de mayor distancia.

1.2 El sentido de la migración: entre la necesidad y la voluntad

No existe un perfil único de migrante en la sociedad actual. La mezcla de orígenes, destinos, edades y motivos daría lugar a un amplio repertorio de perfiles, de forma que resulta difícil establecer el “retrato robot” de las personas que cambian de municipio de residencia.

Existen momentos en la vida de las personas en los que la probabilidad de realizar un cambio de municipio es mayor (gráfico 2). Estas etapas están muy vinculadas al inicio de distintas fases de la vida y coinciden con las que la experiencia señala como pautas migratorias propias de las sociedades postindustriales que han alcanzado una esperanza de vida cercana a los 80 años³, como sucede en nuestro país.

Gráfico 2 – Evolución de la tasa anual de migración neta por edad. En tanto por mil. 1991-2002



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población*, varios años; e INE, *Padrón municipal de habitantes*, varios años.

³ Las relaciones entre ciclo de vida y migraciones son analizadas en numerosos estudios. Uno de los referentes principales es Warnes, T. (1992): “Migration and life course”, en Stillwell, J. et al. (eds.): *Migration processes and patterns. Population redistribution in the United Kingdom*. Londres: Belhaven Press, 175-187.

➤ **Los adultos jóvenes y las familias con niños pequeños son los verdaderos protagonistas de las migraciones interiores.** Un primer momento coincide con la formación del hogar propio y la entrada en el mercado laboral. Éstos son dos acontecimientos vitales que pueden ir acompañados con facilidad de un cambio de municipio de residencia. Es también la etapa en la que la propensión migratoria alcanza sus valores más elevados. En el caso español cabe destacar dos aspectos específicos. Por un lado, las máximas tasas se sitúan cercanas ya a la treintena, cuando en otros países se encuentran en edades más jóvenes. Esto es consecuencia directa del retraso en la edad media a la que se emancipan los jóvenes españoles, quienes, a diferencia de lo que sucede en otros países, abandonan el hogar paterno a edades bastante tardías.

Por otro lado, las tasas de migración se mantienen en niveles bastante elevados hasta casi los 45 años, lo que induce a pensar en la existencia de migraciones familiares por motivos residenciales no relacionados con la formación del hogar –obsérvese en el gráfico las intensas tasas de los niños, que lógicamente acompañan a sus padres en sus cambios de residencia–, sino promovidos por otras razones, como el acercamiento al lugar de trabajo, la ampliación de la familia o, simplemente, una mejora en las condiciones residenciales. Ésta es una de las modalidades de migración que se consolida de forma reciente en el panorama migratorio español.

En definitiva, la movilidad residencial relacionada con los cambios en la familia (formación, nacimiento de los hijos o cambios en su tamaño y composición) tiene una sólida representación en las migraciones actuales en España. Así, por ejemplo, los datos disponibles para la provincia de Barcelona⁴ señalan que casi un 37% de las personas que cambiaron de municipio de residencia entre 1985 y 1999 lo hicieron por cuestiones familiares y un 54% por motivos de vivienda/entorno. Las causas laborales son alegadas exclusivamente por un 6% de los entrevistados. Evidentemente, se trata de un ejemplo muy mediatizado por la intensa migración que se produce en la región metropolitana de Barcelona, cuyas características son generalizables tan sólo a lo que sucede en algunas otras áreas urbanas. Sin embargo, estos datos proporcionan indicios de la enorme influencia de los motivos familiares y los relativos a la vivienda en las migraciones interiores más recientes en España.

➤ **La jubilación como activadora de la migración.** Otra de las etapas de la vida de la persona en que se incrementan las posibilidades de cambiar de municipio de residencia coincide con el momento de la jubilación, es decir, en torno a los 65 años. Una vez rotas las ataduras con la localización del lugar de trabajo, se abre una nueva etapa residencial en la que se amplían

⁴ Datos procedentes de Giner, S. (dir.) (2002): *Enquesta de la Regió de Barcelona 2000. Informe General*. Barcelona: Institut d'Estudis Metropolitans.

las posibilidades respecto a dónde vivir. Sin duda, el aumento de la esperanza de vida –con casi 15 años de media por delante tras la jubilación–, el retraso de la llegada de los problemas de salud y la pensión que reciben convierten a los llamados “viejos-jóvenes” en uno de los colectivos más independientes a la hora de migrar. En general, únicamente las cuestiones familiares coartan la libertad de movimiento de este grupo de recién jubilados. Mudarse a una segunda residencia, a un entorno más agradable, más saludable, a un sitio donde vivir sea más barato o retornar al lugar de nacimiento –si éste se había abandonado con anterioridad– son algunas de las opciones que se barajan en esta etapa de la vida y algunas de las estrategias que explican el aumento –suave, aunque evidente– de la movilidad a estas edades.

➤ **La migración como respuesta a la vejez, la soledad y la dependencia.** Finalmente, el último repunte de la migración se halla al final de la vida, especialmente al sobrepasarse los 75 años, momento en que la soledad y la dependencia pueden causar un nuevo desplazamiento. De hecho, de acuerdo con los resultados de la *Encuesta de discapacidades* del INE de 1999, un 7% de la población mayor de 75 años ha cambiado de vivienda a causa de alguna discapacidad, proporción que se eleva hasta casi el 10% entre los que superan los 85 años. En conjunto, las tasas alcanzadas en esta etapa superan las adquiridas en la postjubilación, por lo que la migración a estas edades se convierte en un componente que cada vez merece una mayor consideración.

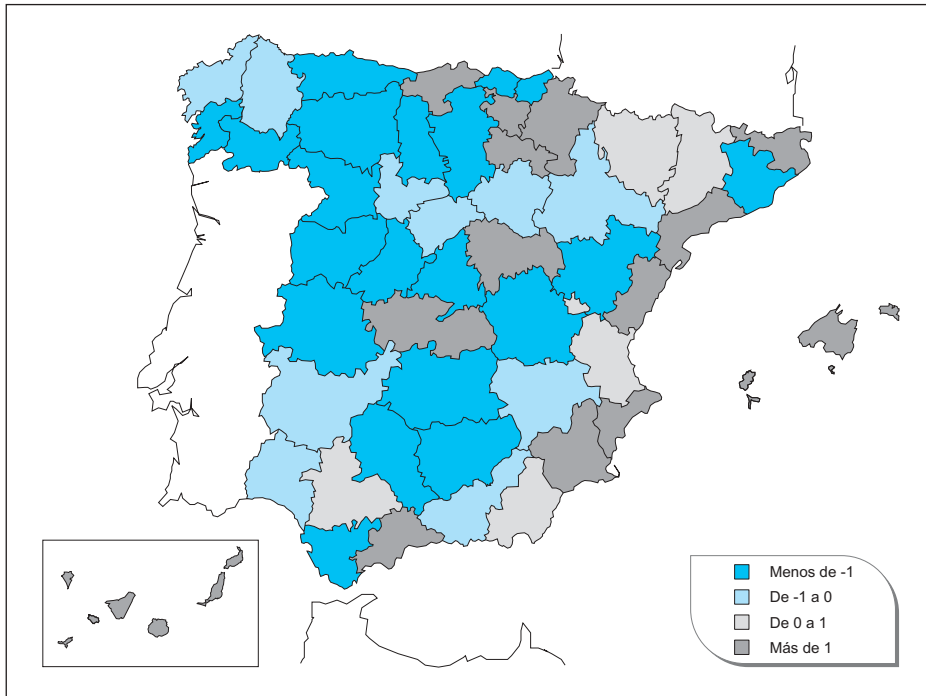
Los resultados de la *Encuesta Sociodemográfica* de 1991 –una de las pocas fuentes que nos aporta información sobre los motivos de los cambios de residencia– ponen en evidencia la variación en las causas de migración según la edad de la persona: aunque predominan las motivaciones laborales, se aprecia que la salud, los motivos familiares o la preferencia subjetiva ganan peso con la edad (tabla 2).

Tabla 2 – Motivos del primer movimiento migratorio interno de los varones por grupos de edad. En porcentaje. 1991

	Edad en el momento de migrar	
	De 20 a 29 años	De 50 y más años
Cambio de vivienda	2,2	5,7
Preferencia subjetiva	0,8	6,3
Casarse	27,9	1,7
Motivos laborales	58,0	40,8
Paro	1,6	2,7
Motivos familiares	1,0	7,2
Acogido por otros familiares	0,2	5,0
Salud	0,2	6,2
Otros	8,1	24,4

Fuente: INE (1993): *Encuesta Sociodemográfica 1991. Tomo II. Resultados nacionales. Volumen 2. Movimientos migratorios y vivienda.*

Gráfico 3 – Tasa anual de migración neta por provincias. En tanto por mil. 1991-2002



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es; e INE, *Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 2002*, en www.ine.es

Un elemento más a considerar a la hora de comprender la migración radica en las diferencias territoriales. Vivir en una zona urbana o rural, en un determinado municipio o en una provincia u otra, abre o cierra una serie de oportunidades vitales: formación, trabajo, promoción laboral, ocio, salud, cuidados, etc. No es de extrañar, pues, que las provincias que atraen más población de la que expulsan dibujen el eje económico del Ebro –con la salvedad de Zaragoza–, además de las provincias con un fuerte componente turístico como las del litoral mediterráneo –excepto Barcelona– y los dos archipiélagos. Toledo y Guadalajara –muy influidas por la dinámica de la Comunidad de Madrid–, Sevilla y Huesca completan el conjunto de provincias que ingresan más población de la que se marcha (gráfico 3).

El balance entre entradas y salidas por migración interior pone de manifiesto la existencia de una serie de provincias capaces de atraer población por sus atractivos (económicos o residenciales), frente a otras que se configuran como expulsoras de población debido a los déficit que padecen. En términos generales, el mapa de las migraciones sigue esbozando el trazado del dinamismo económico actual en España.

El análisis de la migración en su conjunto (considerando de forma agrupada lo que sucede a todas las edades y para todos los tipos de corrientes) y a escala provincial (mezclando su realidad urbana con la rural) sirve tan sólo como primera introducción. Con el fin de comprender el sentido de las migraciones en la España actual se debe hacer un análisis más pormenorizado, como el que proponemos a continuación.

2. Ciudades que pierden población y transforman su vida social

La pérdida de población de las grandes ciudades, un fenómeno común desde la década de los años ochenta, encuentra múltiples ejemplos en la geografía española. La década de los años noventa ha consolidado esta tendencia, de manera que se generaliza, siendo posible identificar cada vez más casos que afectan también a ciudades de mediano e incluso pequeño tamaño⁵. Por otro lado, el fenómeno se contagia a otros municipios de las áreas metropolitanas y no se observa únicamente en las grandes ciudades centrales de las mismas.

Evidentemente, la pérdida de población de las ciudades está estrechamente vinculada con la consecución de saldos migratorios negativos, de manera que el número de personas que se marchan de la ciudad excede al de nuevos residentes (tabla 3).

Ciudades como Barcelona y Madrid aparecen como paradigma del fenómeno, pues el balance entre los que llegan a estas ciudades y los que se van –excluyendo los desplazamientos con origen en el extranjero– supera los 200.000 habitantes en sólo diez años. Esta tendencia se repite en otras ciudades de dispar tamaño, como Valencia, Valladolid, León, Santa Cruz de Tenerife, Granada o Santander, con tasas que en muchas ocasiones superan el 5% anual. Alrededor de cada una de estas ciudades se forma una corona (gráfico 4) de mayor o menor dimensión que muestra el espacio de expansión de la ciudad central.

La disminución de la población de las ciudades podría entenderse como una prueba del fin del proceso de concentración demográfica que tantas veces ha sido valorado como desequilibrador del territorio. Sin embargo, hay dos factores que caracterizan a este proceso que despiertan especial preocupación. En primer lugar, el claro sesgo existente en la pobla-

⁵ Así lo demuestran estudios como los de Mallarach, J. y Vilagrasa, J. (2002): “Los procesos de desconcentración en las ciudades medias españolas”, en *Ería*, 57, 57-70. El concepto de “ciudad” toma en este texto el tamaño demográfico municipal como referencia, es decir, comprende a los municipios que tienen más de 10.000 habitantes.

ción que se marcha de la ciudad: lejos de presentar una composición más o menos equilibrada, los que se marchan son mayoritariamente adultos-jóvenes. En segundo lugar, la mayoría de los que abandonan la ciudad se dirigen hacia municipios próximos al punto de salida. Se trata del llamado proceso de suburbanización⁶, que responde a la pérdida de población de las ciudades en favor de los municipios que se hallan en su área de influencia. No se trata, por tanto, de una emigración que signifique la ruptura con la ciudad de partida, sino que es un desplazamiento hacia su periferia. Bien al contrario, buena parte de la actividad (trabajo, ocio, estudios, compras, tiempo compartido con familia o amigos) se sigue realizando en la ciudad de partida, mientras que la vivienda se convierte en el factor esencial desencadenante de la migración.

Tabla 3 – Evolución de la población de algunas ciudades españolas. 1991-2001

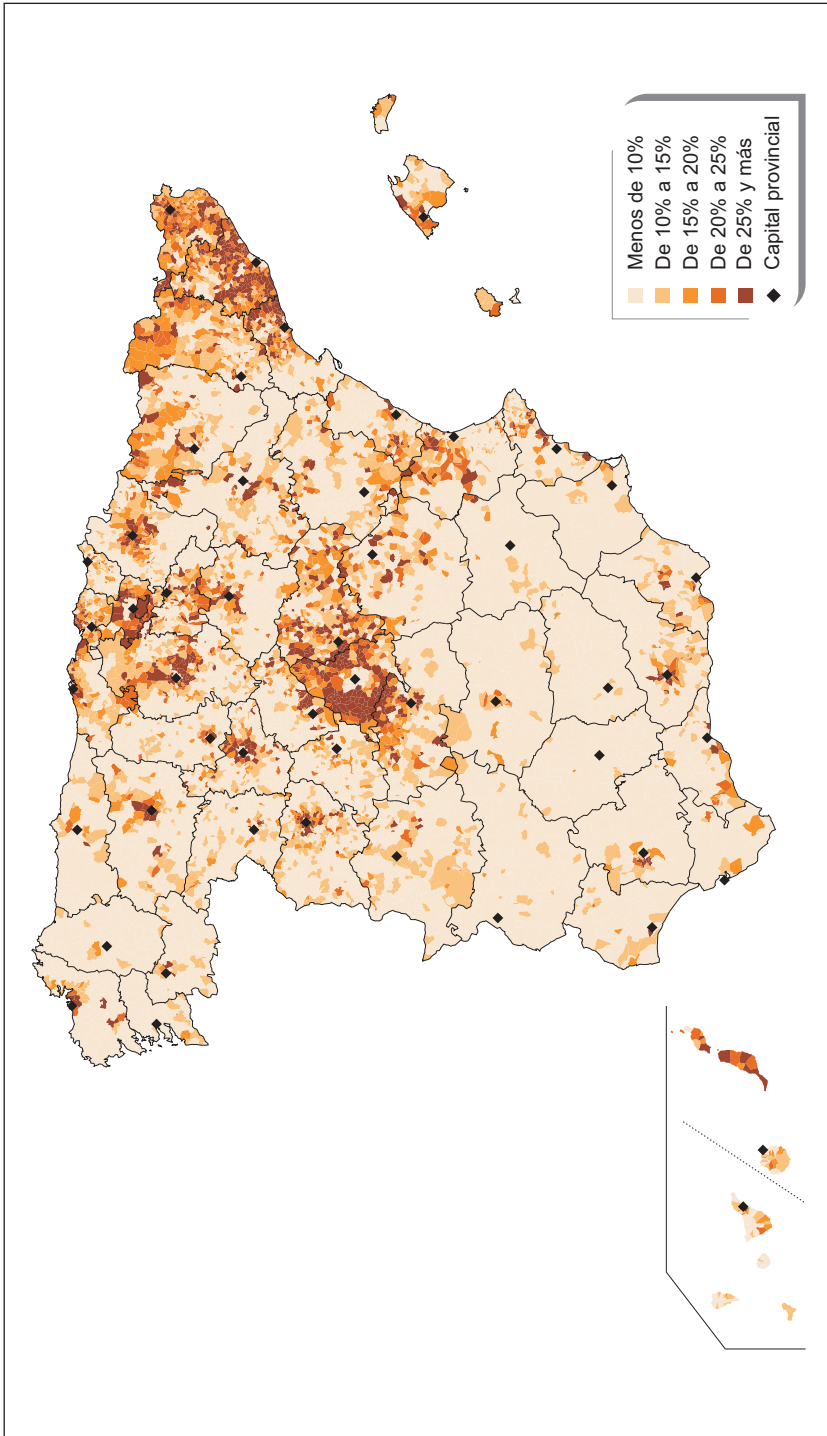
	Población		Crecimiento 1991/2001	Saldo migratorio	Tasa anual (%)	
	1991	2001			Crecimiento 1991/2001	Migración neta (*) 1991/2000
Madrid	3.010.492	2.938.723	-71.769	-256.335	-2,41	-8,62
Barcelona	1.643.542	1.503.884	-139.658	-204.044	-8,87	-12,97
Valencia	752.909	738.441	-14.468	-42.385	-1,94	-5,68
L'Hospitalet de Llobregat	272.578	239.019	-33.559	-37.170	-13,12	-14,53
Sevilla	683.028	684.633	1.605	-26.384	0,23	-3,86
Granada	255.212	240.661	-14.551	-22.789	-5,87	-9,19
Bilbao	369.839	349.972	-19.867	-21.373	-5,52	-5,94
Valladolid	330.700	316.580	-14.120	-17.494	-4,36	-5,41
La Coruña	246.953	236.379	-10.574	-12.174	-4,38	-5,04
Santander	191.079	180.717	-10.362	-9.216	-5,57	-4,96
Santa Cruz de Tenerife	200.172	188.477	-11.695	-8.958	-6,02	-4,61
Salamanca	162.888	156.368	-6.520	-5.973	-4,08	-3,74
León	144.021	130.916	-13.105	-5.832	-9,53	-4,24
Torrelavega	60.023	55.477	-4.546	-4.276	-7,87	-7,40
Eibar	32.362	28.219	-4.143	-3.042	-13,68	-10,04
El Ferrol	83.045	77.950	-5.095	-2.836	-6,33	-3,52
Elda	54.350	51.593	-2.757	-2.710	-5,20	-5,12
Ubrique	18.051	17.396	-655	-842	-3,70	-4,75

(*) Hace referencia al saldo migratorio interior, es decir, la diferencia entre inmigrantes que proceden del resto de España y emigrantes hacia el resto del Estado.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Censo de población*, varios años; e INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años.

⁶ Este proceso ha sido denominado con múltiples términos, si bien los más habituales son suburbanización y periurbanización. El primero es preferido por los estudios anglofonos, mientras que el segundo es utilizado en los trabajos francófonos.

Gráfico 4 – Población que ha llegado a cada municipio en el periodo 1991-2001 procedente de otro municipio de España. En porcentaje sobre el total de residentes en 2001



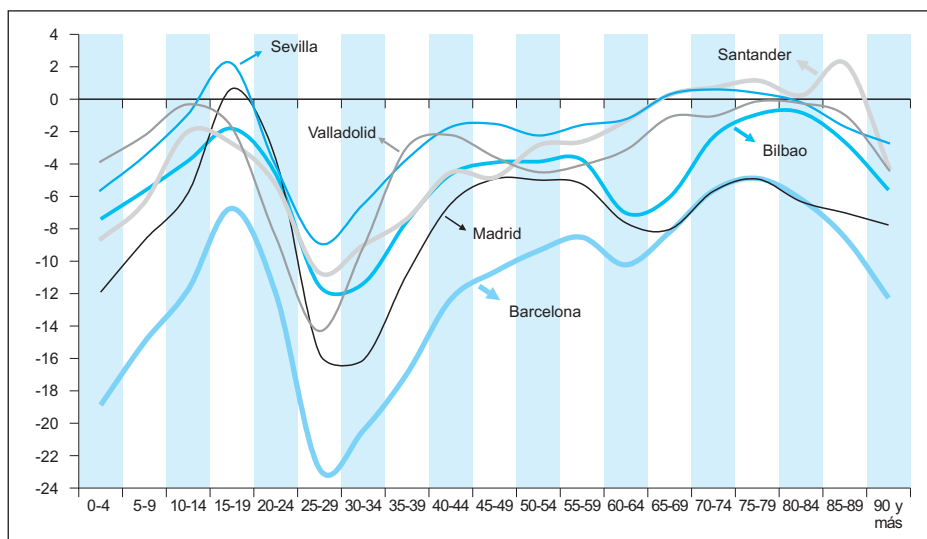
Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de datos INE. Censo de población 2001, en www.ine.es

Los rasgos de estas migraciones obligan a plantearse si es posible hablar de un verdadero proceso de desconcentración o si se trata de una simple descentralización, que no conduce más que a una expansión de las áreas urbanas.

2.1 Cuando las ciudades se quedan sin jóvenes

La pérdida de población de las grandes ciudades es un hecho, como corroboran las cifras año tras año. Sin embargo, más que la pérdida de población en sí, cabe destacar el hecho de que las ciudades se convierten en expulsoras de población adulta-joven. Si se observa la tasa de migración por edad, se aprecia que los indicadores negativos más intensos se producen entre los 20 y los 39 años, y especialmente entre los 25 y los 34 años. El gráfico 5 muestra que la pérdida de población joven es un fenómeno común en ciudades españolas de índole diversa⁷.

Gráfico 5 – Tasa anual de migración neta por grupos de edad en algunas ciudades españolas. En tanto por mil. 1991-1998



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es; e INE, *Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 1998*, en www.ine.es

⁷ Cabe recordar que todo este capítulo deja al margen la migración que procede o se dirige al extranjero y se centra en la que se produce con origen y destino en España, sea cual sea la nacionalidad de las personas que efectúan el desplazamiento.

El encarecimiento de la vivienda como desencadenante de la emigración

Uno de los principales factores que explican la intensa marcha de jóvenes de la ciudad se halla en el elevado coste de la vivienda, cuyos precios superan con creces el de los municipios cercanos. De esta manera, los jóvenes que pretenden formar su propio hogar –solos o en pareja– ven limitada drásticamente la posibilidad de elegir la ubicación de su nueva residencia en función de su poder adquisitivo y del precio de la vivienda de la zona donde desearían residir.

En un informe reciente, la Fundación de Cajas de Ahorro Confederadas estima que el precio de la vivienda ha subido más del triple que los sueldos en los últimos 15 años. Esta diferencia en los ritmos de crecimiento del precio de la vivienda y de los salarios supone un notable aumento del esfuerzo económico que una familia ha de realizar para acceder a una vivienda. Este esfuerzo es muy superior –hasta el extremo de llegar a ser insoportable– para los residentes en las ciudades más caras del país (San Sebastián, Madrid o Barcelona y las capitales de provincia en general), los jóvenes (con sueldos en promedio más bajos y con mayores índices de inestabilidad laboral) y los que buscan una primera vivienda. Según el *Observatorio Joven de Vivienda en España* del Consejo de la Juventud, el 58% de los ingresos de una persona joven en España se dedica al acceso al mercado de la vivienda, aunque en el caso de Comunidad de Madrid, País Vasco, Baleares y Cataluña, este porcentaje se eleva por encima del 80%. Esta proporción se intensifica en las capitales de estas comunidades autónomas, ya que el precio de la vivienda se sitúa bastante por encima de la media.

A la luz de esta situación, a la población joven que busca una primera vivienda o a las parejas que quieren mejorar sus condiciones de vida no les queda más remedio que posponer sus planes o emigrar a municipios con un coste de vivienda inferior. Jóvenes que han vivido toda su vida en una determinada ciudad se ven obligados a marcharse, pese a que su deseo sea continuar viviendo en el barrio que conocen y del que se sienten parte.

La dificultad para acceder a una vivienda debido al encarecimiento sufrido en los últimos años, especialmente para los jóvenes y la población residente en la ciudad, se ha convertido en un problema que ha trascendido a la sociedad. La sensibilización por la problemática aquí esbozada ha convertido el tema de la vivienda en una de las referencias obligadas de los programas de los distintos partidos políticos en las últimas consultas electorales y explican, en parte, la puesta en funcionamiento de un Ministerio de la Vivienda desde mediados de 2004.

El abandono de la ciudad en busca de una mayor calidad medioambiental

Otro de los procesos que experimentan las grandes ciudades es la marcha de familias en busca de viviendas en zonas con mayor calidad medioambiental. Aunque el componente económico puede desempeñar un papel importante, en este caso el perfil que prima es el de familias –muchas de ellas con hijos pequeños– que valoran favorablemente poder residir, por ejemplo, en zonas más tranquilas, con menos ruido, menos tráfico o que proporcionen viviendas más amplias o con jardín. Éstas son características residenciales que la ciudad difícilmente puede proporcionar y mucho menos a precios accesibles para las familias que no tengan un nivel de renta elevado. En este caso, la migración constituye el precio a pagar a cambio de poder mejorar la calidad de vida residencial.

Como consecuencia de la existencia de personas que no encuentran satisfacción a sus necesidades residenciales en las ciudades surgen municipios que se especializan en dar una respuesta adecuada a la demanda. Así sucede con las viviendas de “alto *standing*” (en ayuntamientos como Pozuelo de Alarcón, Las Rozas, Boadilla del Monte o Majadahonda en Madrid o Sant Just Desvern, Sitges, Sant Cugat del Vallès o Sant Andreu de Llavaneres en Barcelona) o municipios donde prima la oferta de pisos dirigida al segmento de población de nivel adquisitivo medio o bajo (por ejemplo, Rivas-Vaciamadrid en Madrid o Sant Andreu de la Barca en Barcelona) o los que ofertan promociones de viviendas adosadas que buscan ajustar condiciones y precio. El precio de la vivienda se convierte así en un factor que limita la selección del lugar donde vivir, de manera que favorece el mantenimiento de la segmentación social del espacio.

Las áreas metropolitanas de las grandes ciudades se convierten en receptoras de los emigrantes procedentes de sus capitales, muy saturadas y encarecidas. Este comportamiento es cada vez más imitado por otros municipios metropolitanos, que se contagian de la dinámica expulsora. Tal proceso de *contagio* obliga a buscar nuevas zonas de expansión, cada vez más alejadas en distancia, pero favorecidas por unas redes de comunicación que mejoran la accesibilidad –ya sea con transporte público o privado– y reducen el tiempo de los desplazamientos. En definitiva, el área de *commuting* se hace cada vez más extensa, pues invirtiendo el mismo tiempo que antes en el desplazamiento hogar-trabajo, ahora es posible tener la vivienda cada vez más lejos.

El equipo del ingeniero Josep Roca Cladera, que lleva años analizando las áreas metropolitanas españolas y, en particular, su delimitación a través de la movilidad laboral, demuestra el enorme crecimiento de su influencia, con una expansión territorial que desborda sus áreas tradicionales de influencia y traspasa los límites provinciales. De acuerdo con los

últimos datos⁸, este equipo señala que el área metropolitana de Madrid está compuesta por 608 municipios y se expande por las provincias limítrofes (Guadalajara, Segovia, Ávila, Toledo y Cuenca), en especial hacia el Corredor del Henares o las comarcas toledanas de La Sagra o La Mancha.

Este mismo fenómeno se aprecia de manera indirecta en el área de influencia de Barcelona. Por ejemplo, la encuesta quinquenal que se realiza en el área metropolitana de esta ciudad⁹ ha ido ampliando progresivamente su ámbito de trabajo: 27 municipios en 1985, 129 en 1990, 162 en 1995 y 310 en 2000, en un intento de adecuarse a las dinámicas sociales y territoriales de la misma.

En el caso de Bilbao, cabe reseñar que el tercer destino de los emigrantes de la ciudad es el municipio cántabro de Castro-Urdiales, a menos de una hora en coche por la nueva autovía.

Tampoco se quedan al margen las ciudades pequeñas o medianas, donde los municipios cercanos absorben la población que expulsa la ciudad central y dan respuesta a la demanda residencial insatisfecha procedente de estas ciudades. Éste es el caso de Laguna de Duero, Arroyo de la Encomienda y Cistérniga en Valladolid; Piélagos, Santa Cruz de Bezana o El Astillero en Santander; Santa Marta de Tormes, Villares de la Reina y Cabrerizos en Salamanca; San Andrés del Rabanedo, Villaquilambre o Sarrigós en León; Culleredo, Cambre o Arteixo en La Coruña, por citar algunos ejemplos. De hecho, son muchos los casos donde una ciudad genera un área residencial propia que afecta a los municipios cercanos y que se nutre de emigrantes de las mismas.

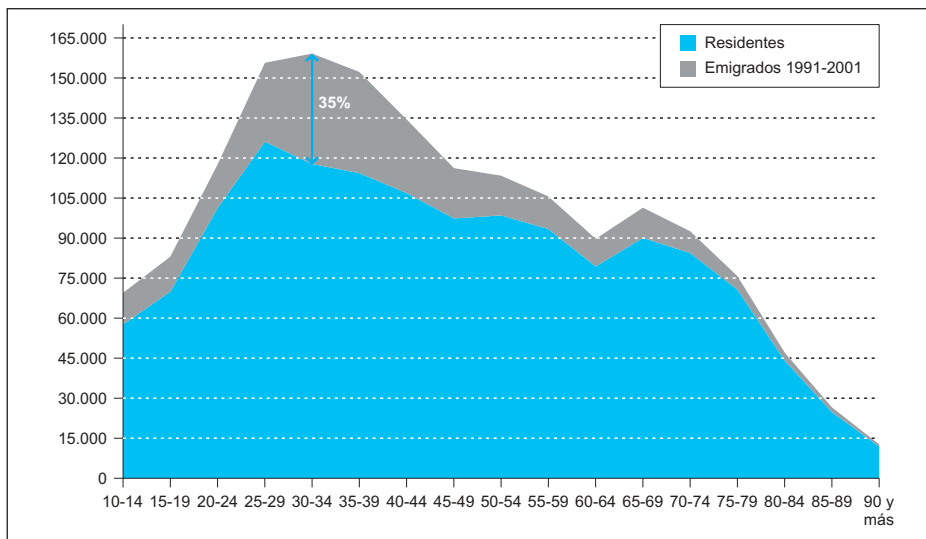
Las consecuencias de la suburbanización

Más allá del mero descenso demográfico, cabe señalar que la marcha de las parejas jóvenes y de las familias con hijos pequeños acelera el ritmo de envejecimiento de la población urbana. De acuerdo con los datos del Censo de población de 2001, el porcentaje de personas mayores se situaba en un 22% en Barcelona, en un 20% en Salamanca, mientras que ciudades como Madrid o Santander excedían el 19%. Este porcentaje se incrementa por el continuo éxodo de jóvenes de estas ciudades, únicamente mitigado por el aumento de la inmigración extranjera. Si Barcelona recuperase la población expulsada en el último decenio que en 2001 vive en otro municipio cercano, reduciría el porcentaje de mayores en dos puntos.

⁸ Roca Cladera, J. *et al.* (2004): *Las áreas metropolitanas españolas. Evolución 1991-2001*, en www.upc.edu/castellano/noticias/acinvestigación/2004/EstudioAreasMetropolitanas.pdf

⁹ Titulada *Encuesta del Área Metropolitana de Barcelona* en 1985, 1990 y 1995 y *Encuesta de la Región de Barcelona* en 2000.

Gráfico 6 – Población que en 2001 residía en Barcelona y población que en 1991 residía en Barcelona y en 2001 lo hace en otro municipio español. Por grupos de edad. 2001



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de datos INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es

Según los datos del último censo, Barcelona podría tener un tercio más de adultos-jóvenes (20-39 años) en 2001 si no los hubiese expulsado en el período 1991-2001 (gráfico 6).

El envejecimiento de la ciudad no se traduce exclusivamente en el aumento de la población mayor de 65 años, sino que también altera significativamente otros indicadores demográficos, sociales y económicos. Entre ellos destaca el aumento del número de personas que viven solas, sobre todo mayores. En el caso de la ciudad de Barcelona, por ejemplo, un 26% de los hogares son unipersonales, de los cuales la mitad (13% del total) son de personas mayores de 65 años que viven solas. De éstas, algo más de un tercio tiene más de 80 años, mientras que el 82% son mujeres. El perfil descrito para Barcelona se repite de forma similar en muchas ciudades españolas. El envejecimiento de la ciudad afecta a aspectos tan diversos como los niveles de consumo y el mantenimiento de los edificios y favorece la terciarización –en especial de los centros históricos– frente al uso residencial de la ciudad.

Por otro lado, el hecho de que los hijos tengan que marcharse a residir a un municipio distinto al de sus padres y, a menudo, también al de sus hermanos da lugar a la fragmentación espacial de la familia. Frente a los que opinan que las decisiones individuales a la hora de migrar son las que priman, diversas encuestas ponen de manifiesto que el cambio de residencia considera la localización de otros miembros de la familia, espe-

cialmente padres y hermanos. Bonvalet¹⁰ demuestra por medio de una encuesta que casi el 50% de las familias francesas son *famille-entourage*, es decir, *familias cercanas*. Este término define los casos de dos o tres familias emparentadas que habitan cerca y que se relacionan y ayudan con regularidad. De hecho, tres cuartas partes de las familias francesas entrevistadas dicen vivir cerca de la madre de uno de los miembros de la pareja. Bonvalet apunta que la crisis del Estado del Bienestar, el desencanto ideológico y el desarrollo de nuevas formas de familia han contribuido en Francia a “buscar otra vez a la familia”. En el caso de España, en nuestro *Informe España 2002*¹¹ se recogían los datos de la *Encuesta sobre relaciones familiares en la Comunidad de Madrid* de 2000, donde se indicaba la tendencia general de las familias a vivir geográficamente muy próximas: más del 60% de los hijos emancipados vivían a menos de 30 minutos de transporte de sus padres y casi un tercio a menos de 15 minutos a pie. En definitiva, cuando se cambia de residencia se intenta evitar la ruptura geográfica con la red familiar a la que se pertenece. Cuando se produce, es consecuencia de la necesidad y, sin duda, significa un elevado coste personal y familiar.

Aunque no se produzca una ruptura definitiva, el alejamiento espacial de las familias causa el debilitamiento de la solidaridad intergeneracional entre sus miembros (padres-hijos, nietos-abuelos) y obstaculiza la relación y ayuda cotidiana. Esta circunstancia constituye un problema mucho más grave, si cabe, en sociedades como la española, donde la familia, además del papel afectivo, desempeña un rol fundamental en el cuidado de los mayores o de los niños. El cuidado de los mayores dependientes –tema que se trató con detalle en nuestro Informe del año 2001¹²– recae sobre todo en los hijos, en concreto, en las hijas. De la misma manera, las abuelas desempeñan un papel fundamental en el cuidado de los nietos, con el fin de que los dos miembros de la pareja puedan trabajar. No cabe duda de que la distancia física entre las familias es un obstáculo para el buen funcionamiento de la ayuda familiar y obliga al desplazamiento diario del cuidador generalmente.

Igualmente, se produce una pérdida del sentimiento de pertenencia al “barrio”, al abandonarse el lugar donde se ha residido, en muchas ocasiones, durante toda la vida. Esta falta de identificación con el lugar donde se habita se traduce en desinterés por su realidad asociativa o en una falta de participación y de compromiso en temas que afectan a la vida local.

¹⁰ Bonvalet, C. (2003): “La famille-entourage local”, en *Population*, 1, 9-44.

¹¹ Fundación Encuentro (2002): “La familia, proveedora de bienestar”, en *Informe España 2002*. Madrid: Fundación Encuentro, 213-265.

¹² Fundación Encuentro (2001): “Integración social de las personas con discapacidad”, en *Informe España 2001*. Madrid: Fundación Encuentro, 247-309.

¿Es posible mantener este ritmo de pérdida de adultos-jóvenes? ¿Adónde conduce este proceso? ¿Qué tipo de ciudad puede resultar si esta tendencia se perpetúa en el tiempo? ¿Es posible la sostenibilidad social si se continúa con este modelo de decrecimiento de la ciudad? Muchas preguntas sobre las que merece la pena reflexionar.

2.2 *Las nuevas ciudades dormitorio*

De forma paralela a la pérdida de población de las ciudades, se configura una periferia alrededor de las mismas que se convierte en receptora de las miles de personas que abandonan las ciudades huyendo de los núcleos urbanos saturados y encarecidos. El impacto de esta llegada de población es de gran intensidad en algunos municipios, especialmente en aquellos de pequeño tamaño, mejor comunicados o cercanos a las ciudades (tabla 4).

El crecimiento de estos municipios de la periferia se produce con una celeridad extrema, tanto en lo que se refiere a su población como al incremento de su parque de viviendas, variables que, lógicamente, van de la mano. En esos municipios es frecuente que se construyan barrios enteros o urbanizaciones donde el porcentaje de población foránea es muy elevado. El impacto de este tipo de intervenciones es todavía más notorio en el caso de municipios pequeños que hasta el momento se habían quedado al margen de la dinámica metropolitana y que en poco más de diez años han visto duplicar su población (gráfico 7).

Un ejemplo muy ilustrativo es el del municipio de Villanueva de la Torre. Este municipio de Guadalajara se ha transformado totalmente en el transcurso del último decenio, multiplicando por 26 su población (pasó de 114 a 2.960 habitantes) y por 10 su parque de viviendas familiares (de 144 a 1.483). El cambio del pueblo es evidente, lo que se deja sentir en su morfología y en las características demográficas y sociales del mismo. La estructura de su población se ha rejuvenecido visiblemente, presentando ahora una pirámide con un claro predominio de los adultos entre 25 y 39 años; al mismo tiempo, la proporción de personas que llevan más de diez años en el municipio apenas sobrepasa el 10% de la población total en el año 2001 (gráfico 8).

Esta pauta se repite en Rivas-Vaciamadrid, municipio situado a 15 kilómetros de Madrid, donde el precio de la vivienda es mucho más asequible que en la capital. Rivas es un buen ejemplo de crecimiento explosivo, si se tiene en cuenta que en 1981 no llegaba a los 700 habitantes. El ritmo de construcción de bloques de pisos y chalés adosados ha sido muy intenso en las últimas dos décadas y, además, la elevada proporción de viviendas de protección pública o fomentadas por las cooperativas sindica-

Tabla 4 – Evolución de la población y las viviendas en algunos municipios. 1991-2001

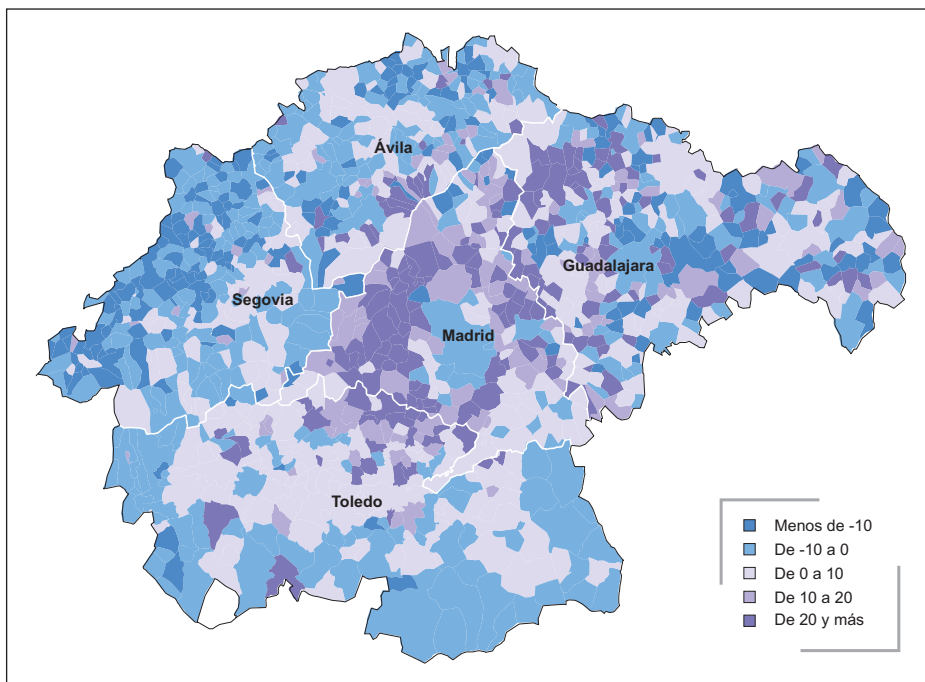
	Población			Vivienda			Principal origen inmigración	
	1991	2001	% de variación 91/01	1991	2001	% de variación 91/01	Municipio	Porcentaje
Villanueva de la Torre (Guadalajara)	114	2.960	2.496,5	144	1.483	929,9	Alcalá de Henares	39
Nuevo Bazán (Madrid)	466	4.073	774,0	1.555	3.849	147,5	Madrid	42
Cobisa (Toledo)	323	2.219	587,0	205	1.470	617,1	Toledo	53
Castilleja de Guzmán (Sevilla)	360	1.870	419,4	197	921	367,5	Sevilla	55
Monterrubio de Armuña (Salamanca)	125	630	404,0	111	289	160,4	Salamanca	87
Cabanillas del Campo (Guadalajara)	1.068	4.987	366,9	501	2.083	315,8	Guadalajara	49
Aroyomolinos (Madrid)	1.236	5.541	348,3	584	2.876	392,5	Móstoles	36
Ugena (Toledo)	463	1.945	320,1	600	1.408	134,7	Fuenlabrada	24
Serranillos del Valle (Madrid)	478	1.759	268,0	480	1.190	147,9	Madrid	33
Vacarisses (Barcelona)	863	3.173	267,7	2.462	3.044	23,6	Terrassa	39
Carbajosa de la Sagrada (Salamanca)	673	2.290	240,3	270	1.365	405,6	Salamanca	72
Torrejón del Rey (Guadalajara)	437	1.460	234,1	1.255	1.979	57,7	Madrid	30
Arroyo de la Encamienda (Valladolid)	1.406	4.588	226,3	481	2.171	351,4	Valladolid	86
Villamayor (Salamanca)	1.201	3.518	192,9	656	2.072	215,9	Salamanca	67
Numancia de la Sagra (Toledo)	1.043	2.967	184,5	649	1.553	139,3	Parla	25
Castrillo del Val (Burgos)	199	565	183,9	186	347	86,6	Burgos	68
Galapagar (Madrid)	9.050	25.559	182,4	7.413	13.722	85,1	Madrid	48
Villanueva de la Cañada (Madrid)	4.302	11.701	172,0	2.108	6.036	186,3	Madrid	38
Cullar Vega (Granada)	1.732	4.707	171,8	770	2.134	177,1	Granada	57
Cabrerizos (Salamanca)	920	2.454	166,7	451	1.042	131,0	Salamanca	77
Cunit (Tarragona)	2.425	6.402	164,0	9.472	11.498	21,4	Barcelona	32
Cistiérniga (Valladolid)	1.666	4.378	162,8	710	2.152	203,1	Valladolid	84
Villares de la Reina (Salamanca)	1.200	3.081	156,8	538	1.777	230,3	Salamanca	70

Figura Tabla 4 – Evolución de la población y las viviendas en algunos municipios. 1991-2001

	Población		Vivienda		Principal origen inmigración			
	1991	2001	% de variación 91/01	1991	2001	% de variación 91/01	Municipio	Porcentaje
Aranguren (Navarra)	1.608	4.050	151,9	592	1.338	126,0	Pamplona	72
Alpedrete (Madrid)	3.430	8.514	148,2	3.785	6.916	82,7	Madrid	48
Viso de San Juan (El) (Toledo)	553	1.362	146,3	1.829	3.314	81,2	Fuenlabrada	23
Rivas-Vaciamadrid (Madrid)	14.863	35.742	140,5	5.686	12.731	123,9	Madrid	82
Bormujos (Sevilla)	5.277	11.958	126,6	1.657	4.852	192,8	Sevilla	46
Rincón de la Victoria (Málaga)	12.601	25.302	100,8	12.663	17.327	36,8	Málaga	69

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, Censo de población, varios años; e INE, Estadística de variaciones residenciales, varios años.

Gráfico 7 – Tasa anual de migración neta en Madrid y su área de influencia. En tanto por mil. 1991-1998



Nota: Entre los llegados se excluye el contingente de población que procede del extranjero. El mapa muestra únicamente el impacto de la migración interna.

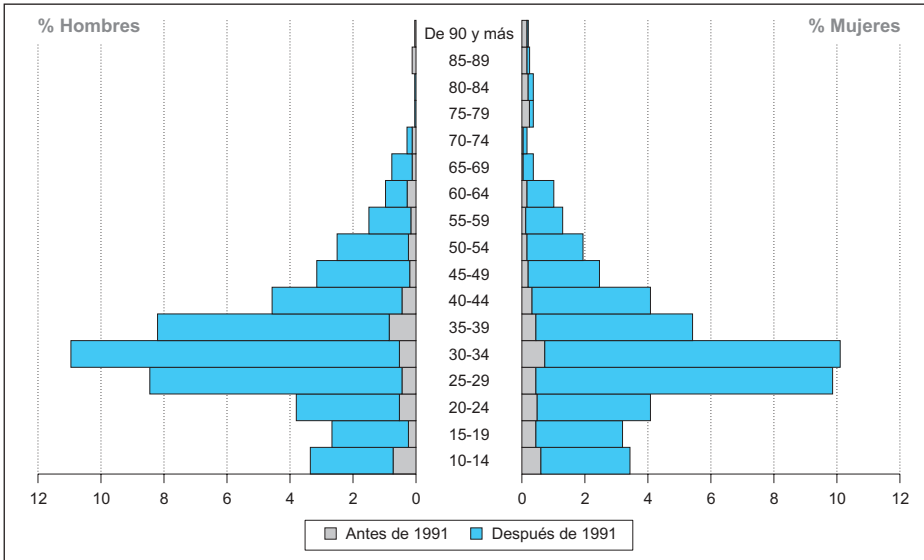
Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años.

les ha garantizado la oferta de un parque de viviendas a precios asequibles para la clase media. En definitiva, Rivas pasó de 14.863 a 35.742 habitantes entre 1991 y 2001, de manera que en algunos grupos de edad más de un 65% de los residentes llegaron durante el último decenio (gráfico 9).

El impacto constatado de estas migraciones da argumentos a los que hablan de verdaderas “invasiones” de población urbana o metropolitana, pues sus efectos, acentuados por la rapidez e intensidad con que se producen, se dejan sentir en la vida cotidiana de los que las experimentan. Desde el punto de vista físico, el modelo de ocupación del espacio de este tipo de intervenciones es muy criticado porque muestra a menudo una escasa sensibilidad hacia aspectos como la pérdida de la calidad ambiental y el impacto sobre el paisaje. Generalmente se trata de intervenciones atentas a los intereses, demandas y gustos de los futuros residentes o regidas por los costes de construcción que suponen para las promotoras inmobiliarias, que ignoran la voluntad de la población autóctona.

Desde el punto de vista de la dotación de servicios, cuando se crece de forma tan intensa y rápida y en barrios donde prácticamente se parte

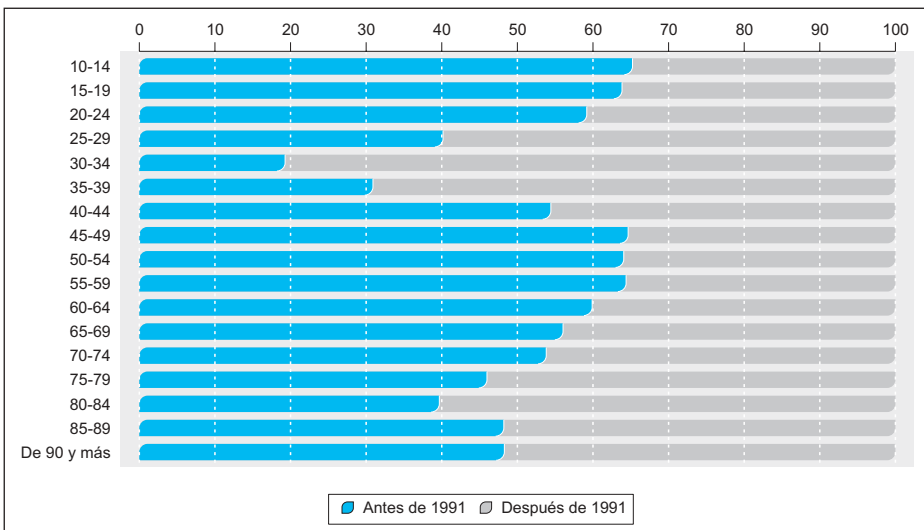
Gráfico 8 – Población de Villanueva de la Torre por sexo y edad según el año de llegada al municipio. En porcentaje. 2001



Nota: Población de 10 y más años, pues el Censo de 2001 sólo ofrece datos de migración para la población que ya había nacido en el Censo de 1991.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de datos INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es

Gráfico 9 – Población de Rivas-Vaciamadrid por edad según el año de llegada al municipio. En porcentaje. 2001



Nota: Población de 10 y más años, pues el Censo de 2001 sólo ofrece datos de migración para la población que ya había nacido en el Censo de 1991.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de datos INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es

de la nada¹³, las necesidades se multiplican y las dotaciones económicas son insuficientes para dar respuesta al ritmo de llegada de una población que tiene necesidades básicas desde el primer día. La demanda de plazas escolares se incrementa cada año, pero una escuela no se construye con la misma rapidez, así que algunas veces los barracones prefabricados se convierten en la solución provisional hasta que se termina, a toda prisa, el nuevo colegio. La demanda de centros de salud o de instalaciones deportivas es también continua, especialmente cuando el ritmo de crecimiento colapsa los ya existentes. En algunos casos, la Administración local peca de falta de previsión, pues, a pesar de conocer el crecimiento inmediato de su parque de viviendas o la ocupación de nuevas zonas, no pone en marcha la dotación de servicios hasta que las demandas por parte de los nuevos residentes son ya un hecho.

Los hábitos urbanos y metropolitanos de los nuevos vecinos anulan, o por lo menos contrastan, con los de los nacidos en la zona. También se aprecia que el crecimiento demográfico no conlleva una reactivación de la vida del municipio de llegada. En muchos casos, los nuevos residentes son parejas en las que ambos miembros trabajan, por lo que durante la semana prácticamente sólo duermen en el pueblo. Si tienen hijos en edad escolar, éstos llegan a la escuela antes del inicio de las clases –no es extraño que abran entre las 7.30 y las 8 horas– y permanecen en ella, realizando actividades extraescolares, hasta última hora de la tarde, cuando uno de sus padres los recoge para ir a casa. Difícilmente se puede recurrir a los abuelos, pues suelen residir demasiado lejos. Y cuando llega el fin de semana, se dirigen a los grandes centros comerciales o a la ciudad para realizar sus compras o disfrutar de su tiempo de ocio. Por ello, no se considera que contribuyan a enriquecer la vida social de los pueblos y se cuestiona si verdaderamente los dotan de vida o simplemente los utilizan como nuevos *barrios dormitorio*.

La polarización entre los diferentes grupos de residentes y la pérdida de identidad social tiene diversas manifestaciones que pueden ir desde el cambio de partido político en el gobierno municipal –como señala González Reverté¹⁴ para el caso de Calafell, quien asocia la llegada de población de origen barcelonés con el giro hacia la izquierda acaecido en la alcaldía–, hasta la fragmentación espacial y social que puede dar lugar a nuevos tipos de segregación. Por ejemplo, el alcalde de Rivas-Vaciamadrid se queja¹⁵ del poco interés y la escasa movilización de sus vecinos contra

¹³ Cabe recordar que Rivas-Vaciamadrid era conocido hasta fechas muy recientes por albergar el principal vertedero de la capital.

¹⁴ González Reverté, F. (2003): “El proceso de urbanización en Cataluña. Una visión de las áreas perimetropolitanas del litoral”, en *Eria*, 60, 17-31.

¹⁵ *El País*, 31 de diciembre de 2002.

la incineradora de Valdemingómez, a cinco kilómetros del municipio, y lo interpreta como desinterés por parte de los nuevos ripenses.

El modelo de urbanización dispersa

Los problemas mencionados se acentúan con las nuevas tendencias en el crecimiento de las áreas urbanas. Un paso más allá en el proceso de suburbanización se produce cuando no sólo crecen los municipios cercanos a la ciudad, sino que lo hacen las áreas periféricas de los mismos, es decir, ámbitos desvinculados de su casco urbano. Este proceso es lo que se identifica como *ciudad dispersa*. Con el fin de ofrecer vivienda de coste más asequible o de tipología más diversificada (adosados con jardín, casas a cuatro vientos, áreas comunitarias con piscina y otros atractivos), las grandes promotoras buscan zonas con gran disponibilidad de suelo o donde éste sea más barato. Este tipo de suelo se encuentra con mucha mayor facilidad en áreas más o menos alejadas de los núcleos cercanos. La ciudad dispersa no responde tan sólo al crecimiento de los municipios cercanos, sino que se define a partir de otros parámetros como son el predominio de las bajas densidades, de la vivienda familiar aislada y de la localización apartada, en mayor o menor medida, del núcleo urbano¹⁶.

El impacto de la ciudad dispersa repite muchos de los problemas mencionados en el proceso de suburbanización. Sin embargo, aumentan todavía más los impactos negativos asociados al modelo. En primer lugar, causa una elevada dependencia del transporte privado, pues el alejamiento de los núcleos urbanos hace imprescindible el uso del vehículo propio, generalmente uno para cada miembro de la pareja y, cuando los hijos ganan en autonomía, uno para cada miembro de la familia. Esto implica un aumento del consumo de energía –con las graves consecuencias ambientales que se derivan–, la saturación de las carreteras –que genera una presión cada vez mayor para ampliar la red– o el colapso de los centros de las ciudades en horario laboral o comercial. Además, el tiempo invertido en el desplazamiento desde el lugar de trabajo al de residencia se alarga. Estos aspectos, junto con el alto consumo de suelo, han provocado la alarma sobre la sostenibilidad medioambiental de la urbanización dispersa, especialmente cuando el modelo –muy arraigado en las sociedades anglosajonas, con una concepción de la ciudad más preparada para estas tendencias, pero de escasa tradición en las mediterráneas, donde el modelo compacto ha sido siempre el dominante– gana cada vez más adeptos. Por un lado, el crecimiento de la superficie urbanizada se dispara, aumentando a un rit-

¹⁶ Una definición sistematizada de ciudad dispersa es ofrecida por López de Lucio, R. (1998): “La incipiente configuración de una región urbana dispersa: el caso de la Comunidad Autónoma de Madrid (1960-1993)”, en Monclús, F. J. (ed.): *La ciudad dispersa: suburbanización y nuevas periferias*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.

mo muy superior al que justifica el incremento de la población. Así, por ejemplo, en nuestro *Informe España 2003*¹⁷ se hacía referencia al caso del área metropolitana de Barcelona, donde entre 1970 y 1986 se duplicó la superficie urbanizada, crecimiento muy superior al registrado por el incremento poblacional. En sólo 15 años la superficie urbanizada creció casi 20.000 hectáreas, un aumento equivalente al registrado en toda la historia anterior del área metropolitana.

En los últimos años, las promotoras se encargan de ampliar el espectro de población que tiene acceso al modelo de urbanización dispersa reduciendo costes, buscando un suelo más barato –y a menudo más alejado y sin urbanización previa– o cambiando, por ejemplo, viviendas aisladas por adosados o jardín y piscina propios por espacios comunitarios. Estas estrategias permiten ofrecer un producto asequible para las rentas medias, que pasan a ser un objetivo comercial prioritario debido al elevado número de familias que demandan estas construcciones. Tampoco se desatiende la oferta de productos para un segmento social de mayor poder adquisitivo, insistiendo en la calidad de la vivienda, en el entorno medioambiental donde se sitúan y recalando características apreciables para las rentas más altas: cercanía a un campo de golf, instalaciones hípicas, club marítimo u otras modalidades de recreo. La apuesta es ofrecer una vivienda cerca de la ciudad –al menos en distancia y no de forma tan clara si se mide el tiempo en hora punta– que proporcione las ventajas de las que, hasta hace poco, únicamente se podía disfrutar en una segunda residencia.

Con estas estrategias se logra transformar la imagen de la periferia urbana. La valoración negativa que la convertía en sinónimo de aislamiento, falta de calidad e incluso marginalidad se modifica al asociarla con calidad medioambiental, confort o fácil accesibilidad. Las promotoras inmobiliarias desempeñan un papel fundamental en la construcción de una imagen atractiva –incluso idílica– de las nuevas periferias, por muy alejadas y aisladas que se encuentren, poniendo de relieve en sus campañas de promoción los atractivos por los que apuestan, pero omitiendo los costes. Según un estudio realizado por la Diputación Foral de Vizcaya¹⁸, vivir en un chalé a las afueras es el doble de caro que residir en un piso del centro urbano, tanto si se consideran los costes relacionados con la vivienda como los de transporte o de mantenimiento de la urbanización.

Desde el punto de vista social, lo más preocupante es el debilitamiento de las redes ciudadanas y de vecindad en la ciudad dispersa, pues supone la erosión del capital social, tal y como se analizó en nuestro In-

¹⁷ Fundación Encuentro (2003): “¿Son sostenibles nuestras ciudades?”, en *Informe España 2003*. Madrid: Fundación Encuentro, 381-413.

¹⁸ *El País*, 2 de julio de 2004.

forme del año 2001¹⁹. Se trata de un modelo que permite la llegada a las viviendas en coche y donde el jardín propio hace innecesario salir a la plaza o llevar a los niños al parque. De hecho, una característica de este modelo de urbanización es la escasa presencia de espacios de socialización, como plazas, parques, centros colectivos o zonas comunitarias. Como mucho, los espacios colectivos son compartidos por las familias de un mismo bloque o comunidad de vecinos. En definitiva, la participación ciudadana, el tejido asociativo o el sentimiento de identidad y compromiso con el municipio alcanzan niveles bajos o nulos. Además, en aquellos casos donde se potencia la segregación social por medio del tipo de vivienda y, sobre todo, de su precio, se favorece la creación de pequeños guetos. No faltan ejemplos de urbanizaciones que rodean con muros o vallas su perímetro y que impiden, por medio de servicios de seguridad privada, el libre acceso a las mismas. Estas formas de autosegregación urbana han ganado presencia en los últimos años precisamente en lugares donde la inseguridad ciudadana no justifica la adopción de medidas de tal calibre. Se emplean, pues, como una forma más de diferenciación social, que contribuye a que aumente la sensación de inseguridad, la desconfianza en el vecino y, en definitiva, fomentan la fragmentación social.

La pérdida de identidad de los lugares de acogida de población urbana puede llegar a casos extremos. No deja de ser sintomático el ejemplo citado por Mallarach y Vilagrasa²⁰, quienes llaman la atención sobre el hecho de que en la página web del municipio de Barbadás (Orense) se recuerde expresamente la pertenencia de uno de sus núcleos (A Valenza) a su municipio, y no a la capital, de donde proviene la mayoría de su población, tratando de acabar con un equívoco frecuente.

Finalmente, la ciudad dispersa representa un alto coste para los ayuntamientos, pues tienen que dotar de servicios públicos e infraestructuras desconcentrados a los nuevos núcleos. Por ello, aunque el crecimiento signifique nuevos ingresos para los municipios, su cuantía no compensa los gastos añadidos que produce, por lo que aumenta el endeudamiento del municipio²¹. De acuerdo con el estudio de la Diputación Foral de Vizcaya citado, se estima que el coste público de mantenimiento del urbanismo disperso es seis veces mayor que el del compacto, considerando los gastos que supone en agua y saneamiento, alumbrado público, urbanización, limpieza o transporte.

¹⁹ Fundación Encuentro (2001): "Estructura urbana y procesos de exclusión", en *Informe España 2001*. Madrid: Fundación Encuentro, 313-357.

²⁰ Mallarach, J. y Vilagrasa, J. (2002).

²¹ Así lo señala González Reverté, F. (2003).

El debate sobre el impacto de la suburbanización y de la ciudad dispersa recupera los discursos de los antiguos *barrios dormitorio* de la década de los años sesenta y setenta del siglo XX, cuando las demandas versaban sobre el papel de las distintas administraciones en el control y planificación del crecimiento, la necesidad de dotar de equipamientos, servicios o tejido comercial adecuado a los espacios residenciales. Además, se incorpora la controversia actual sobre la sostenibilidad medioambiental y el impacto de la acción humana sobre el territorio. En definitiva, se retoma la preocupación de cómo convertir los barrios en algo más que el conjunto de personas que viven en un mismo espacio y la defensa de la idea de que el territorio necesita una ordenación para lograr su buen funcionamiento.

2.3 *Hacia una segregación social de los centros históricos*

Desde finales del siglo pasado los centros históricos de la mayor parte de las ciudades españolas experimentan sensibles transformaciones. Uno de los aspectos que contribuye a acentuar estos cambios –aunque no el único²²– es la puesta en marcha de políticas de renovación con el fin de frenar el proceso de degradación en que se encontraban inmersos en muchos casos. La voluntad de revalorizar los cascos históricos, reconociendo por una parte su valor cultural y de patrimonio de todos, pero también con el fin de convertirlos en atractivos para el sector terciario y, en especial, para el turismo urbano, explican la puesta en marcha de las distintas figuras del planeamiento urbano que dan lugar a una profunda transformación de los mismos.

De forma paralela, se inicia un proceso de cambio en el componente social de las ciudades. La renovación urbana actúa de forma directa en el mercado de la vivienda, causando un aumento de los precios que entra en discordancia con el componente social que tradicionalmente vivía en estas zonas, formado por estratos socioeconómicos bajos. De esta manera, la renovación urbanística acentúa un proceso de cambio social definido por la expulsión de las clases populares y su sustitución por grupos sociales de mayor nivel cultural y poder adquisitivo. Este proceso responde al nombre de *gentrificación* y supone el cambio de la composición social de los centros urbanos y la pérdida de la identidad de los barrios que los forman.

²² La complejidad de los procesos acaecidos en los centros urbanos es recogida en Rodríguez, V. (dir.): *Cambio demográfico y transformaciones económicas y sociales en el centro urbano de Madrid*. Madrid: Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid (en prensa).

Los estudios sobre la *gentrificación* en España señalan su progresiva implantación, si bien es cierto que se trata de un proceso lento. Los barrios del Raval –en el casco antiguo– o Sant Martí –con el nuevo barrio creado para ubicar la villa olímpica en los Juegos Olímpicos de 1992– en Barcelona o los de Lavapiés, Chueca y distrito Centro de Madrid son algunos de los ejemplos tomados como paradigmáticos del proceso en España. Otros estudios apuntan incipientes muestras de tendencias similares, tales como el barrio de El Toscal en Santa Cruz de Tenerife y algunas zonas del barrio de Albayzín en el casco histórico de Granada²³.

La polarización en estos barrios es una norma común. Por un lado, se configuran espacios con población envejecida, que ha residido toda su vida en el barrio, con bajo nivel formativo y reducidos recursos económicos. Por otro lado, surgen zonas con fuerte ocupación de población extranjera de llegada más o menos reciente y que se instala aprovechando la oferta de vivienda de bajo coste, que suele ser en inmuebles envejecidos y no rehabilitados con dudosas condiciones de habitabilidad. Finalmente, aparecen los espacios ocupados por los *gentrificadores*: inmuebles nuevos o rehabilitados en zonas menos densas que son ocupados por adultos-jóvenes con una formación y un nivel adquisitivo superior al del resto de los habitantes de la zona.

Las intervenciones que se realizan en los cascos urbanos no siempre respetan el modelo existente y es habitual, por ejemplo, la unión de parcelas respecto a su diseño inicial. García Herrera y Díaz Rodríguez señalan que más del 40% de los nuevos edificios en el barrio de El Toscal de Santa Cruz de Tenerife suponen la unión de parcelas, en un promedio de agrupación de 2,6 fincas. De la misma manera, no es extraño encontrar oferta de nuevas modalidades de vivienda como los *lofts* o de alquileres por días o meses pensada para estudiantes o extranjeros que realizan cortas estancias en la ciudad.

La transformación social del barrio se inicia con la llegada de los primeros nuevos residentes, que son más jóvenes, más formados, con una estructura familiar diferenciada (jóvenes que viven solos, parejas jóvenes, hogares monoparentales o extranjeros adinerados). Este colectivo desencadena una serie de cambios en los comercios, que se acomodan a las demandas de los nuevos residentes, con mayor poder adquisitivo, desplazando al comercio tradicional.

²³ García Herrera, L. M. y Díaz Rodríguez, M. C. (2000): “La transformación morfológica y social en el barrio de El Toscal”, en *Ería*, 53, 231-246; y Menéndez, M.: “La evolución del barrio de Albayzín en el marco del planeamiento especial”, en *Cuadernos Geográficos* (en prensa).

La vuelta a la ciudad

Investigadores de prestigio internacional como Tony Champion²⁴ insisten en que hay razones objetivas para pensar en un proceso de *gentrificación* y de vuelta al crecimiento de las ciudades allí donde se ha producido suburbanización o donde ahora triunfa el modelo de ciudad dispersa. En primer lugar, como respuesta al éxito de las políticas públicas de rehabilitación y de desindustrialización de la ciudad que han hecho posible la recuperación de espacios, la inversión de la densificación y, en definitiva, el incremento de la calidad de vida en las áreas urbanas. En segundo lugar, debido a la importancia creciente en nuestra sociedad de un grupo de jóvenes profesionales de alta movilidad (solteros o parejas sin hijos), que valoran positivamente las ventajas de la vida en la ciudad y, además, disponen de recursos económicos suficientes para hacer frente a su coste. En tercer lugar, por la creciente proporción de formas de familia que buscan viviendas más pequeñas y que no tienen interés por la tipología suburbana: familias monoparentales, hogares sin hijos o los solitarios, ya sean personas de edad avanzada, divorciados, separados o jóvenes emancipados.

A todo ello cabría añadir la aparición de los *desencantados* de la ciudad dispersa, aquellos que se mostrarían cansados del aislamiento residencial, de la elevada dependencia del transporte privado o de los continuos viajes para poder realizar cualquier compra, gestión o para cubrir una necesidad. Igualmente, la valoración de las características residenciales propias de la ciudad dispersa puede cambiar cuando se modifique la edad o estructura del hogar: el *nido vacío* –u hogares sin hijos–, la soledad o la vejez son factores que parecen desincentivar la vida en la ciudad dispersa y convierten la ciudad compacta en un valor en alza.

En último lugar, otros elementos pueden influir en la *gentrificación* de los espacios centrales de las ciudades, como sucede en los barrios de Chueca (Madrid)²⁵ o en algunas zonas del Eixample barcelonés²⁶, donde la fuerte implantación de población gay no sólo ha hecho cambiar las características de sus residentes, sino también ha redirigido los comercios del barrio hacia una oferta específica para este colectivo.

Visto el juego de fuerzas que conviven en los cascos urbanos es difícil imaginar qué futuro les espera. Los vecinos de estos barrios de toda la vida y sus hijos se enfrentan a poderosas presiones a las que difícilmente pueden hacer frente: los intereses de los promotores inmobiliarios por revalorizar esos espacios y maximizar sus ganancias, la pujanza de un sector terciario que busca ocupar el centro, la demanda de vivienda barata por

²⁴ Champion, T. (2001): "Urbanization, Suburbanization, Counterurbanization and Reurbanization", en Paddison, R. (ed.): *Handbook of Urban Studies*. Londres: SAGE, 143-161.

²⁵ Rodríguez, V. (en prensa).

²⁶ Ya conocido en algunos círculos como *Gayeixample*.

parte del creciente colectivo de inmigración extranjera o el firme atractivo que despierta en las clases de mayor poder adquisitivo. Todo ello parece apuntar a que los cascos históricos están condenados a cambiar su componente social; de hecho, este proceso ya se ha iniciado.

3. El mundo rural: estación de salida y de retorno

Pese a los esfuerzos por intentar frenar y aminorar las desigualdades entre el mundo rural y el urbano a través de las políticas de reequilibrio territorial, las áreas rurales siguen siendo, hoy por hoy y en términos generales, sinónimo de despoblamiento, envejecimiento demográfico y ausencia de dinamismo económico. Estos tres términos definen tres obstáculos de enorme peso, cuyas inercias tienen gran alcance y son difícilmente reversibles. Esta situación es la consecuencia directa de décadas de olvido, emigración y desinversión que sientan las bases de la espiral regresiva en la que se halla inmerso el mundo rural de las sociedades postindustriales.

En este contexto, las tendencias en la evolución demográfica confirman esta situación: si se consideran municipios rurales aquellos que tienen menos de 2.001 habitantes, casi tres cuartas partes de estos municipios han perdido población entre 1991 y 2001. Los municipios con menor número de habitantes, los más alejados de núcleos urbanos –proveedores de servicios– y los que tienen un mercado laboral más deficitario son los que tienen una mayor probabilidad de perder población de forma más acusada. Esta circunstancia es consecuencia de la combinación de una dinámica natural negativa –muy castigada por el envejecimiento de la población, que eleva sustancialmente las tasas brutas de mortalidad y reduce a mínimos las de natalidad– y un saldo migratorio negativo.

La sangría por emigración que ha marcado la historia de las áreas rurales no desaparece en la época más reciente, si bien es cierto que, en los últimos años, se han producido algunos cambios. En primer lugar, el volumen de personas que se marchan es menor que en etapas anteriores, sobre todo por la drástica reducción de la población que vive en el mundo rural. No obstante, en muchos pueblos, ser joven sigue siendo sinónimo de emigración, tal y como lo había sido en el pasado, como consecuencia directa de la ausencia de oportunidades formativas y laborales y de la parca oferta de servicios y ocio.

Un segundo cambio que hay que reseñar es la llegada de población a algunos municipios rurales, población que responde a distintos perfiles. Uno de sus principales componentes son las migraciones de retorno, es decir, personas que habían emigrado en el pasado y que deciden regresar a su pueblo natal, muchas veces tras su jubilación. También se constata la existencia de migraciones de lo que se podría denominar como *neorrura-*

les, fundamentalmente personas en edad activa que huyen del modo de vida urbano y buscan pueblos pequeños –o incluso despoblados– donde instalarse. Aunque estos flujos no son muy cuantiosos, generan un impacto local destacado, pues pueden evitar el total despoblamiento de una zona o, por ejemplo, impedir el cierre de una escuela, circunstancia que deterioraría la oferta de equipamientos de toda una comarca.

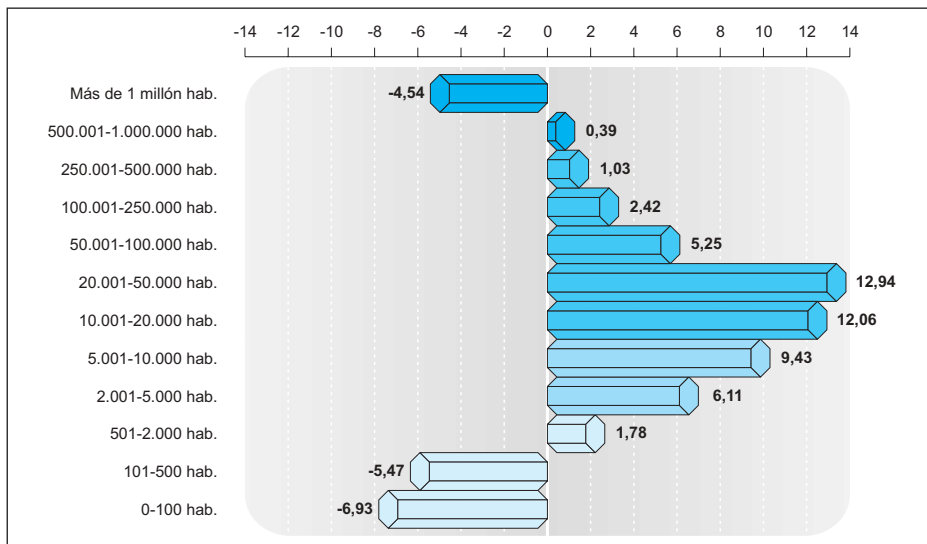
También se constata que algunos municipios rurales han logrado cambiar el signo de su evolución demográfica, rompiendo con una secular tendencia de pérdida de población. A la luz de esta situación, se abriga un discurso de optimismo sobre el presente y futuro del mundo rural que toma cuerpo en el llamado *renacimiento de lo rural*, término acuñado por Bernard Kayser²⁷ a finales del siglo pasado, inspirándose en el caso francés. Sin embargo, cabe matizar el discurso que difunde la idea de una recuperación generalizada del mundo rural, pues ésta se circunscribe a un reducido número de municipios rurales (en España, poco más de un 25% del total) y responde a unos requerimientos muy concretos. En este orden de cosas, no es prudente deducir conclusiones precipitadas: por ejemplo, el crecimiento demográfico general de los municipios que tienen entre 501 y 2.000 habitantes en el último período intercensal (gráfico 10) esconde, de hecho, una gran diversidad de situaciones.

Un elemento a tener en cuenta a la hora de entender la dinámica migratoria de los municipios de menor tamaño demográfico se halla en las severas diferencias que existen en el seno de los propios municipios rurales. En este sentido, cualquier intento por buscar pautas universales es poco esclarecedor: ni la escala provincial, ni la agrupación por tamaño demográfico de los municipios, ni otras zonificaciones estándar –por ejemplo, las llamadas zonas de montaña–, que en otras ocasiones se revelan como excelentes referentes, contribuyen ahora a arrojar luz en el análisis de las áreas rurales.

Así, un municipio con un reducido tamaño demográfico y muy envejecido, teóricamente candidato a ostentar indicadores altamente negativos, puede presentar ahora crecimientos relativos muy intensos si, por ejemplo, se convierte en un área de expansión residencial de una ciudad cercana. En cambio, un municipio con las mismas características, pero unos pocos kilómetros más alejado, puede sufrir una tendencia contraria. O, por ejemplo, un municipio de montaña que llevaba años de marginalidad ve cambiar su sino si en su territorio se instala una estación de esquí; por el contrario, la trayectoria es bien distinta en valles cercanos donde se

²⁷ B. Kayser desarrolla su propuesta de renacimiento rural en un gran número de trabajos. A modo de referencia, cabe citar Kayser, B. (1990): *La renaissance rurale. Sociologie des campagnes dans le monde occidental*. París: Armand Colin.

Gráfico 10 – Evolución de la población según el número de habitantes que el municipio de residencia tenía en 1991. En porcentaje. 1991-2001



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Censo de población*, varios años.

mantienen las actividades productivas tradicionales. En este contexto, las migraciones son un excelente reflejo de la heterogeneidad de situaciones en el mundo rural del siglo XXI.

3.1 Los jóvenes siguen marchándose

A pesar de los intentos por frenar el despoblamiento de las áreas rurales, en particular, y de las provincias económicamente menos desarrolladas, en general, siguen produciéndose hoy en día procesos similares a los que se daban en plena etapa de éxodo rural. En este sentido, continúan existiendo fuertes diferencias entre los que llegan a las áreas rurales y los que las abandonan, siendo habitual encontrar balances negativos especialmente intensos entre la población joven.

Emigrar para estudiar

En la vida de los residentes en el mundo rural existen momentos en los que el cambio de municipio de residencia aparece con más insistencia. El primero de ellos coincide con el momento en que se decide sobre la continuación de los estudios. En las áreas rurales más alejadas de los núcleos urbanos (ya sea en distancia o en tiempo), la marcha de los jóvenes es ineludible si quieren continuar con su formación. Estos jóvenes conocen las exigencias actuales del mercado laboral, las cuales hacen de la formación

especializada un valor en alza, prácticamente imprescindible. A ello cabe añadir que, tal como señala Juan Jesús González²⁸, se trata de generaciones muy presionadas por su entorno familiar para que estudien: es habitual que sean los propios padres los que primen la formación de sus hijos (“darles estudios”), sacrificando la aportación a la economía familiar que, sin duda, significaría su posible incorporación al negocio familiar o un ingreso más temprano al mundo del trabajo.

Una vez terminan los estudios, los jóvenes del mundo rural se plantean una grave disyuntiva. En un lado de la balanza colocan sus preferencias residenciales, es decir, dónde les gustaría vivir. Según Juan Jesús González, pese a la tradición emigratoria y las diferencias respecto a la vida urbana, dos terceras partes de los jóvenes rurales preferirían, si pudieran elegir, quedarse en sus pueblos. La marcha es, en consecuencia, fruto de la necesidad: en el otro lado de la balanza se colocan las posibilidades de encontrar trabajo y las expectativas de mejora en el mercado laboral, que, en términos generales, siguen siendo bastante más reducidas en el mundo rural, al igual que sucede con la oferta de ocio y servicios, mucho más amplia y diversa en los ámbitos urbanos.

Este conjunto de aspectos explica que la tasa de migración neta de los jóvenes entre 20 y 29 años que viven en municipios rurales alcance valores negativos en muchas provincias españolas. Esta tendencia adquiere especial relevancia en las provincias castellanas y extremeñas (gráfico 11), con una marcada incidencia en comarcas como Las Merindades (Burgos) o Vitigudino (Salamanca). No en vano, los indicadores macroeconómicos siguen señalando a estas comunidades entre las más desfavorecidas, lo que se deja sentir en aspectos tan significativos como los que denotan los resultados de la Encuesta de presupuestos familiares²⁹.

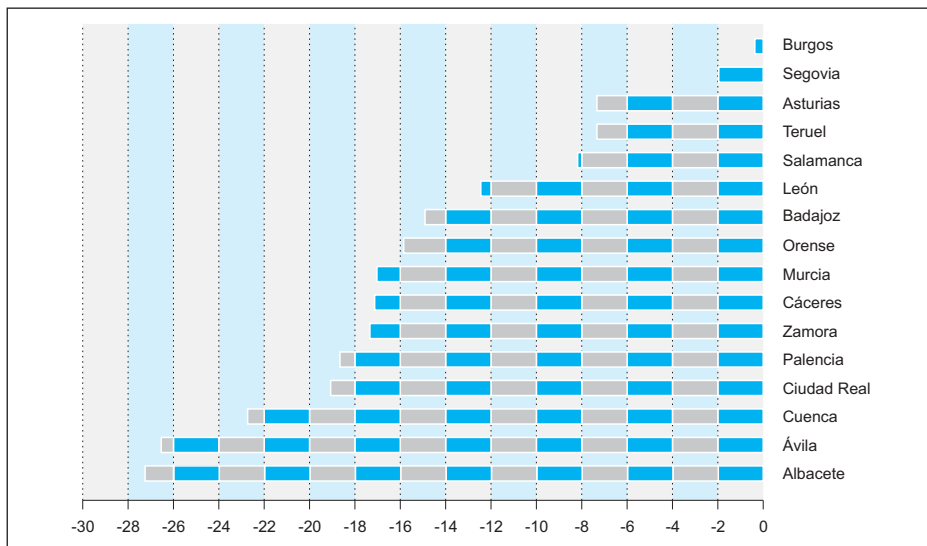
La disyuntiva de la emigración es mucho más acusada en el caso de las mujeres. Los sectores de actividad que predominan en el mundo rural tienen una menor capacidad de absorción de mano de obra femenina. Testimonio de esta circunstancia es el hecho de que la tasa de paro de las jóvenes rurales españolas (menores de 30 años) es de un 24%, cuando la masculina se sitúa en un 13%³⁰. En cambio, la estructura laboral de las ciudades (con más industria y, sobre todo, servicios) favorece la inserción laboral de la mujer. No es de extrañar, por tanto, que la emigración feme-

²⁸ González, J. J. (2003): “Juventud rural y relevo generacional en la agricultura”, en Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación: *Libro blanco de la agricultura y el desarrollo rural*.

²⁹ Los resultados de la Encuesta de presupuestos familiares (años 1973-1974, 1980-1981 y 1990-1991) y de su modalidad actual, en forma de encuesta continua, ponen en evidencia las desigualdades regionales y señalan las comunidades de Extremadura, Andalucía, Castilla-La Mancha y Galicia como las más pobres de España.

³⁰ Datos aportados por J. J. González.

Gráfico 11 – Tasa anual de migración neta de la población de 20 a 29 años de los municipios rurales (menos de 2.001 habitantes) de algunas provincias. En tanto por mil. 1991-1998



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años.

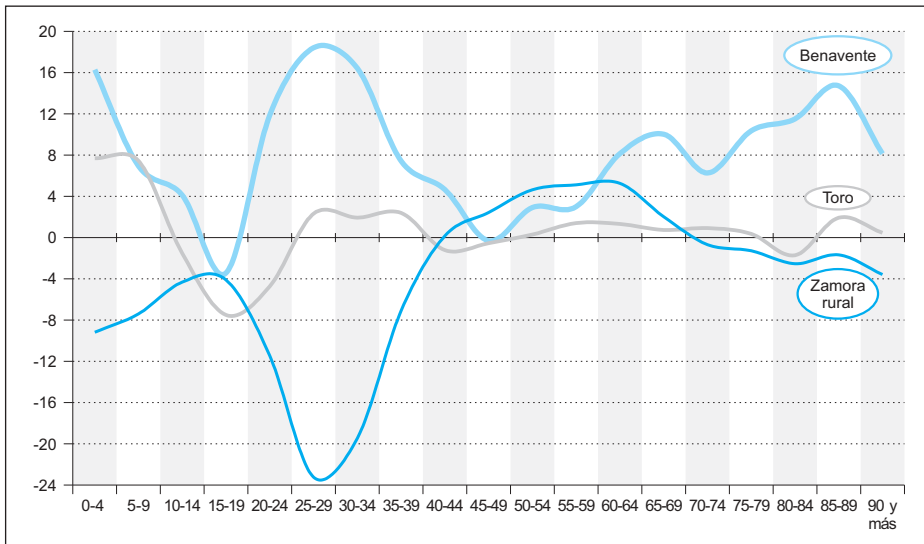
nina del mundo rural sea más intensa que la masculina, pues a las dificultades expuestas para el conjunto de la población se unen los obstáculos añadidos que la mujer ha de vencer a la hora de encontrar trabajo.

La formación del hogar en un contexto rural

El segundo momento importante en la decisión de cambiar de municipio es la etapa de formación del hogar propio y, en especial, en el diseño de las estrategias familiares cuando se prevé la llegada de hijos. Las parejas jóvenes que viven en áreas rurales se plantean las ventajas directas que se obtienen al residir en un núcleo urbano y beneficiarse de la proximidad a los servicios. De esta manera, la dependencia del transporte privado para cualquier gestión cotidiana (desde ir a la farmacia hasta la visita, por ejemplo, al pediatra) se reduce. Con el cambio residencial se evita castigar a los niños con continuos desplazamientos diarios para ir a la escuela o se aminoran las dificultades para compatibilizar los horarios de las actividades escolares o extraescolares de los hermanos. Una de las quejas de los padres con niños pequeños que residen en municipios rurales es el tiempo que dedican a ser “taxistas” de sus propios hijos³¹ para que éstos no tengan que renunciar a nada que un niño residente en un ámbito ur-

³¹ Palabras textuales extraídas del trabajo de campo realizado en un municipio rural cercano a Vic (Barcelona) por parte de un matrimonio con dos hijos en edad escolar.

Gráfico 12 – Tasa anual de migración neta por grupos de edad en la provincia de Zamora. En tanto por mil. 1991-1998



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es; e INE, *Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 1998*, en www.ine.es

bano pueda hacer. En el caso de los que viven en áreas más remotas, la decisión de migrar se plantea como el único modo de acabar con las desigualdades que se generan por la localización residencial; siempre en un contexto donde se valora, por encima de otras cuestiones, la proximidad a los equipamientos y servicios y las facilidades que se desprenden de la localización y no, necesariamente, de la preferencia residencial por la ciudad.

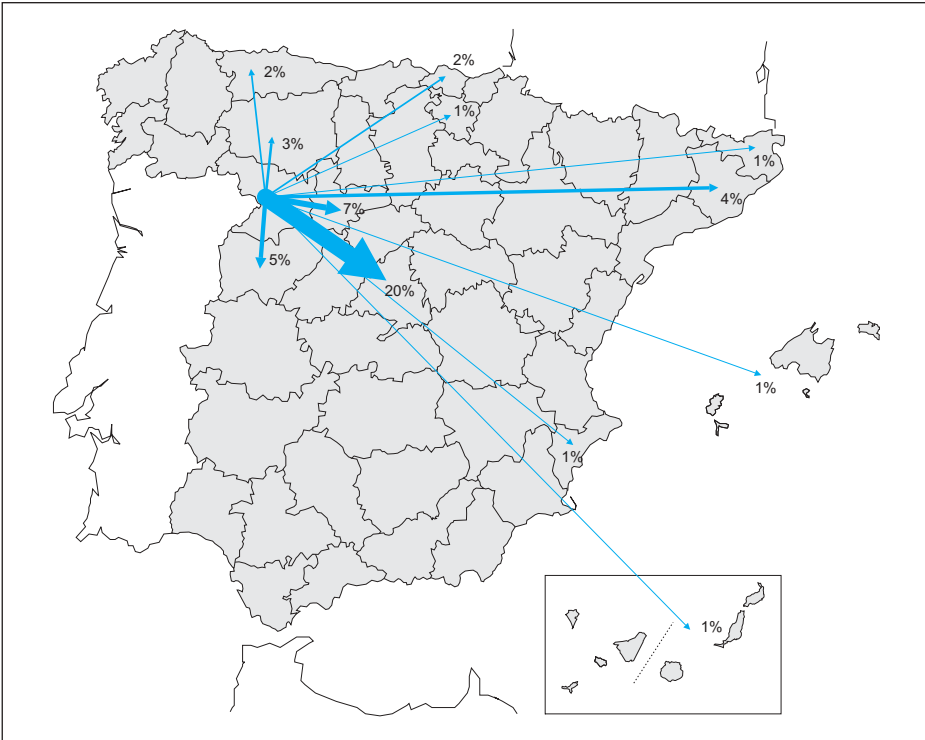
Por ejemplo, en el caso de la provincia de Zamora, se observa un saldo migratorio negativo en los municipios rurales para la franja de edad hasta los 40 años y a partir de los 70 (gráfico 12). La pauta complementaria es la que se aprecia en Benavente y Toro, los centros urbanos de mayor entidad en la provincia, junto con la capital, que se convierten en punto de destino de parte de los que abandonan el mundo rural.

En la decisión sobre dónde migrar para formarse, trabajar o crear un nuevo hogar intervienen numerosos factores: las posibilidades que ofrece el lugar donde se reside, la proximidad de áreas urbanas cercanas –que facilita la migración al no representar una ruptura total con el espacio conocido– o el sector o profesión donde se pretende desempeñar la actividad. Estos factores se combinan con otros de índole personal que no son ni mucho menos despreciables: si se tiene pareja estable en el lugar de residencia actual o en otro lugar –el matrimonio es una causa importante de mi-

gración que, en cambio, actúa como factor de estabilidad residencial cuando se está ya casado³²; si los padres se encuentran en una situación de dependencia y si éstos disponen o no de quien los cuide; si se cuenta con familiares o amigos en el punto al que se dirige que actúen como “cadenas migratorias” que hagan más fácil la migración; si se conoce el lugar de destino; y, evidentemente, las preferencias personales por vivir en un determinado lugar.

El caso de los jóvenes que abandonan los municipios rurales de Zamora (gráfico 13) es un buen ejemplo para mostrar la disparidad de estrategias: casi una cuarta parte (24%) se traslada a un municipio urbano de la propia provincia, con lo cual se beneficia de las ventajas de la vida en la ciudad sin romper excesivamente la relación con el lugar de origen. Sin

Gráfico 13 – Emigrantes de los municipios rurales (menos de 2.001 habitantes) de la provincia de Zamora de entre 20 y 39 años a otras provincias según principales destinos. En porcentaje. 1991-1998



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años.

³² Tal como señalan Courgeau, D. y Lelièvre, E. (2003): “Les motifs individuels et sociaux des migrations”, en Caselli, G. *et al.* (dir.): *Démographie: analyse et synthèse. IV: Les déterminants de la migration*. París: INED, 147-169.

embargo, tres de cada cuatro se trasladan a otras provincias: una parte destacada (20%) emigra a Madrid, acercándose a la gran metrópoli como en décadas anteriores; otra opta por Valladolid (7%), Salamanca (5%) y León (3%), provincias cercanas con las que se han mantenido siempre estrechas relaciones. Un número más reducido se decide por reproducir el trayecto recorrido por otros muchos zamoranos décadas atrás y se marchan a los destinos clásicos (además de Madrid, las provincias de Barcelona, Asturias o Vizcaya), seguramente porque la presencia de familiares ya residentes en la zona hace más fácil el camino de la emigración. También cabe destacar la aparición de los nuevos destinos, acordes con el actual mapa de crecimiento económico en España, que modela los flujos migratorios de los jóvenes en edad laboral. Así, una parte de los jóvenes que abandonan la Zamora rural se dirige hacia Álava, Girona, Alicante, Baleares y Las Palmas. Finalmente, un 28% emigra a otros destinos.

Un mundo rural sin jóvenes, un mundo rural que hipoteca su futuro

La marcha de la población joven significa mucho más que el descenso demográfico; conduce a hipotecar el capital humano de estas zonas debido a la merma de población activa que significa. Esto se deja sentir en aspectos concretos y estratégicos, como, por ejemplo, en el envejecimiento de los propietarios de las explotaciones agrarias, factor que actúa como un lastre para la introducción de innovaciones en este sector. Éste es un problema común en las áreas rurales de la Unión Europea, donde más de la mitad de los agricultores supera los 55 años, mientras que casi un tercio excede los 65. Por el contrario, los agricultores jóvenes son menos del 8%³³. La falta de relevo generacional es, en definitiva, un enorme problema para el mundo rural y, concretamente, para las actividades agrarias. Las políticas agrarias de la Unión Europea recuerdan que el futuro de estas actividades pasa por la producción de alimentos de calidad o con denominación de origen y la adopción de métodos productivos competitivos y compatibles con el medio ambiente. En este contexto de renovación del sector, el papel de los recursos humanos, especialmente en el ámbito empresarial, es un factor fundamental. Por el contrario, el envejecimiento de los agricultores favorece el conservadurismo en las formas de producción y en los productos, al igual que tiende a reducir la producción hasta acercarla al autoabastecimiento.

La emigración de jóvenes está muy relacionada con el fracaso de algunas iniciativas que buscan el desarrollo de actividades alternativas, como las vinculadas al turismo rural, muchas de las cuales se ven frustradas por

³³ Datos proporcionados por Consejo Europeo de Jóvenes Agricultores (2003): *Jóvenes. Perspectiva para el mundo rural*. Seminario del Observatorio para las Iniciativas Empresariales Juveniles en la Agricultura.

la falta de personas con iniciativa suficiente para llevarlas a cabo. Otros factores también incrementan los obstáculos a sortear para llevar a cabo iniciativas en el mundo rural. Por ejemplo, conseguir un crédito para invertir en un municipio pequeño, envejecido y de escaso dinamismo económico es mucho más difícil que obtenerlo en cualquier otro lugar, pues los bancos temen por la seguridad de la inversión.

También es cierto que la puesta en marcha de iniciativas de pequeño calado no siempre es suficiente para frenar el éxodo de la población y el decrecimiento demográfico. Así, por ejemplo, los programas de desarrollo rural (LEADER y PRODER) que se han desarrollado en la Alcarria conquense o en Extremadura³⁴ no han significado una inversión de la tendencia regresiva de la población de la zona. Romper la inercia de las estructuras demográficas no es sencillo: o se logra que la inmigración supere a la emigración, o que el número de defunciones no supere al de nacimientos o bien que las ganancias de uno (crecimiento natural o migratorio) compensen las pérdidas generadas por el otro. Estos objetivos son metas muy difíciles de alcanzar en municipios rurales muy envejecidos.

A nivel familiar, la marcha de los jóvenes supone la separación espacial de sus miembros, lo que impide una relación cotidiana con parientes o amigos. Muchos años después del gran éxodo rural ligado al desarrollismo económico, el desarraigo de los jóvenes sigue produciéndose en la mayor parte de las áreas rurales y también afecta en muchas ocasiones a municipios intermedios o urbanos de las provincias con menor desarrollo económico.

La salida más intensa de las mujeres jóvenes que viven en ámbitos rurales acentúa el desequilibrio entre la población de ambos sexos y condena a una parte de los jóvenes residentes a un escenario indeseado de soltería definitiva, o bien a marcharse para evitarla. Sin embargo, la situación de la mujer en el mundo rural, en especial en aquel que tiene un alto componente agrario, es uno de los aspectos fundamentales que medio siglo de éxodo no ha logrado resolver.

Por otro lado, la separación espacial de las familias causada por la migración implica que las personas de más edad, en caso de caer en una situación de dependencia o soledad, deban dejar su hogar y sus vecinos de toda la vida y desplazarse al lugar de residencia de sus familiares más cercanos –generalmente sus hijos– a la búsqueda de cuidados. Esta trayectoria es del todo obligada ante la deficitaria situación de los servicios y equi-

³⁴ El caso de Extremadura es estudiado por Gurría, J. L. y Nieto, A.: "Análisis de la población de los programas de desarrollo rural en Extremadura en la última década (1991-2001)", en *Cuadernos Geográficos* (en prensa); la Alcarria conquense por Aparicio Guerrero, A. E. (2001): "Desarrollo local y turismo rural: la Alcarria conquense", en *Éria*, 54-55, 18-24.

pamientos públicos para personas mayores que existen en los municipios de menor tamaño demográfico. La desatención que sufren las personas de edad que residen en los municipios pequeños se puso de manifiesto, para el caso de Castilla y León, en una encuesta realizada por la Fundación Encuentro³⁵, cuyos resultados cuantifican las desigualdades en todo tipo de equipamientos y actividades sociales, ocio o accesibilidad. Por ello, no es extraño que el balance migratorio se torne negativo de nuevo en los municipios rurales en las edades más avanzadas, aunque con una intensidad bastante menor que la manifestada en el caso de los adultos-jóvenes (véase de nuevo el caso de la Zamora rural, gráfico 12).

Como resultado de estas tendencias, cada vez menos municipios rurales desempeñan el papel de zonas de *reserva demográfica*³⁶ que tuvieron antaño, es decir, ya no cumplen una función de reproducción de la fuerza demográfica para otros espacios. En algunos casos, su agotamiento demográfico es extremo, como en Salcedillo (Teruel) o Illán de las Vacas (Toledo) con 7 habitantes, o en Castilnuevo (Guadalajara) y Villarroya (La Rioja) con 8 habitantes, mientras que en muchos otros empieza a ser grave. En España, de acuerdo con el Censo de población de 2001, 981 municipios tienen menos de 101 habitantes (12%), 2.562 menos de 251 habitantes (32%), mientras que casi la mitad de los municipios (3.829) dispone de menos de 501 habitantes. Las provincias que forman la comunidad de Castilla y León, Guadalajara, Cuenca y Teruel, junto con la zona de la franja pirenaica, albergan una fuerte concentración de municipios escasamente poblados (gráfico 14). Al intenso despoblamiento cabe añadir el elevado índice de envejecimiento que caracteriza a estas provincias (gráfico 15), dos cuestiones que ponen en duda la viabilidad futura de un conjunto amplio de los municipios españoles actuales.

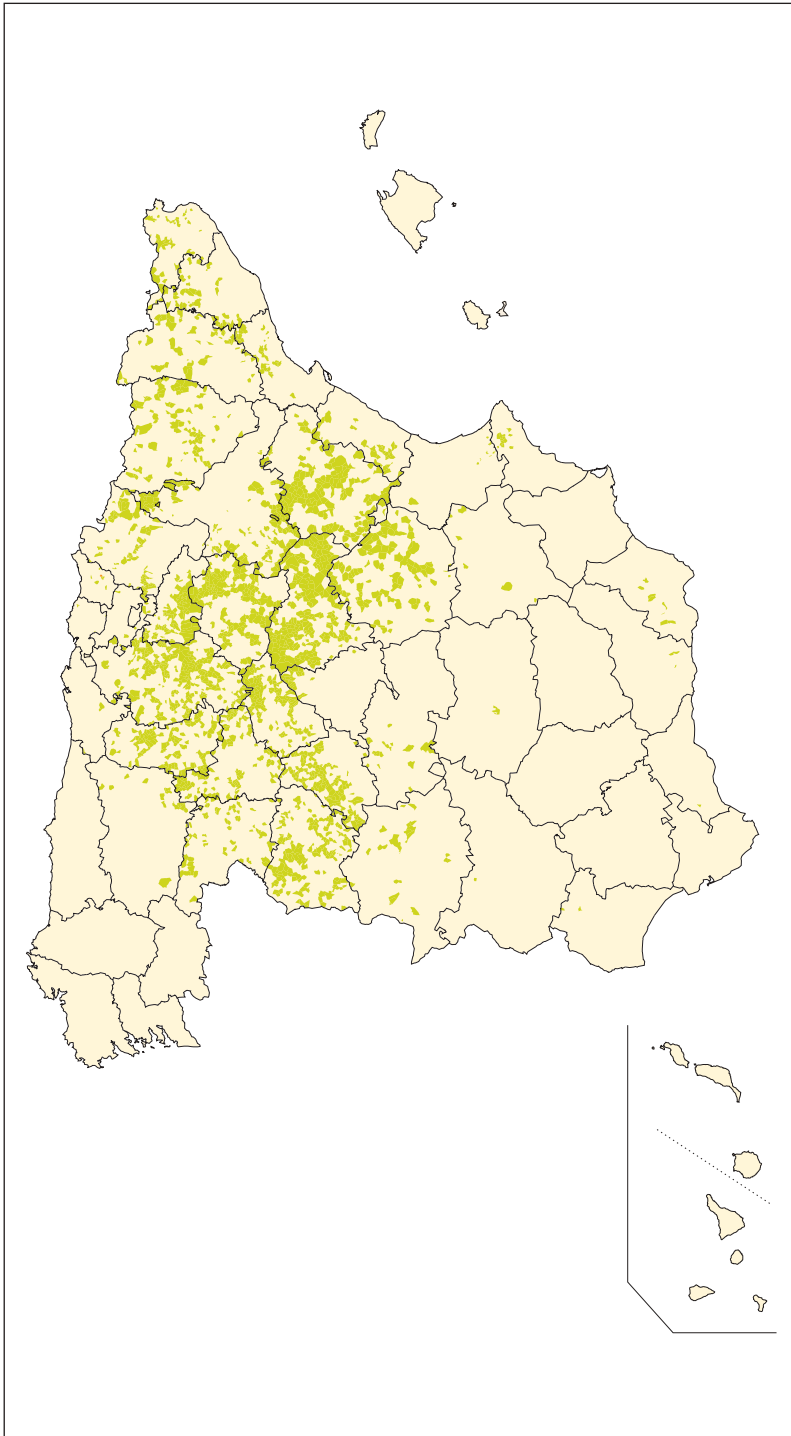
Dado que muchos de los criterios de asignación presupuestarios o de equipamientos públicos consideran el número de habitantes como un elemento de referencia, la pérdida de éstos, por un lado, limita los presupuestos de sus ayuntamientos y, por otro, pone en peligro la disponibilidad de equipamientos y servicios públicos, como los educativos o sanitarios, lo que a su vez redundará en una menor cobertura de las necesidades básicas y empuja hacia la emigración.

Los esfuerzos por fijar la población residente, atraer nuevos habitantes y romper la tendencia al despoblamiento es un tema que preocupa a todas las escalas de la Administración pero, de manera especial, inquie-

³⁵ Blanco, A. (ed.) (2002): *Envejecimiento y mundo rural en Castilla y León*. Madrid: Fundación Encuentro.

³⁶ Ocaña, C. y Navarro, S. (2002): "Cambios de los modelos de dinámica demográfica de los municipios andaluces en el último cuarto del siglo XX", en D'Entremont, A. (comp.): *Homenaje a Manuel Ferrer Regales*. Pamplona: EUNSA, 263-280.

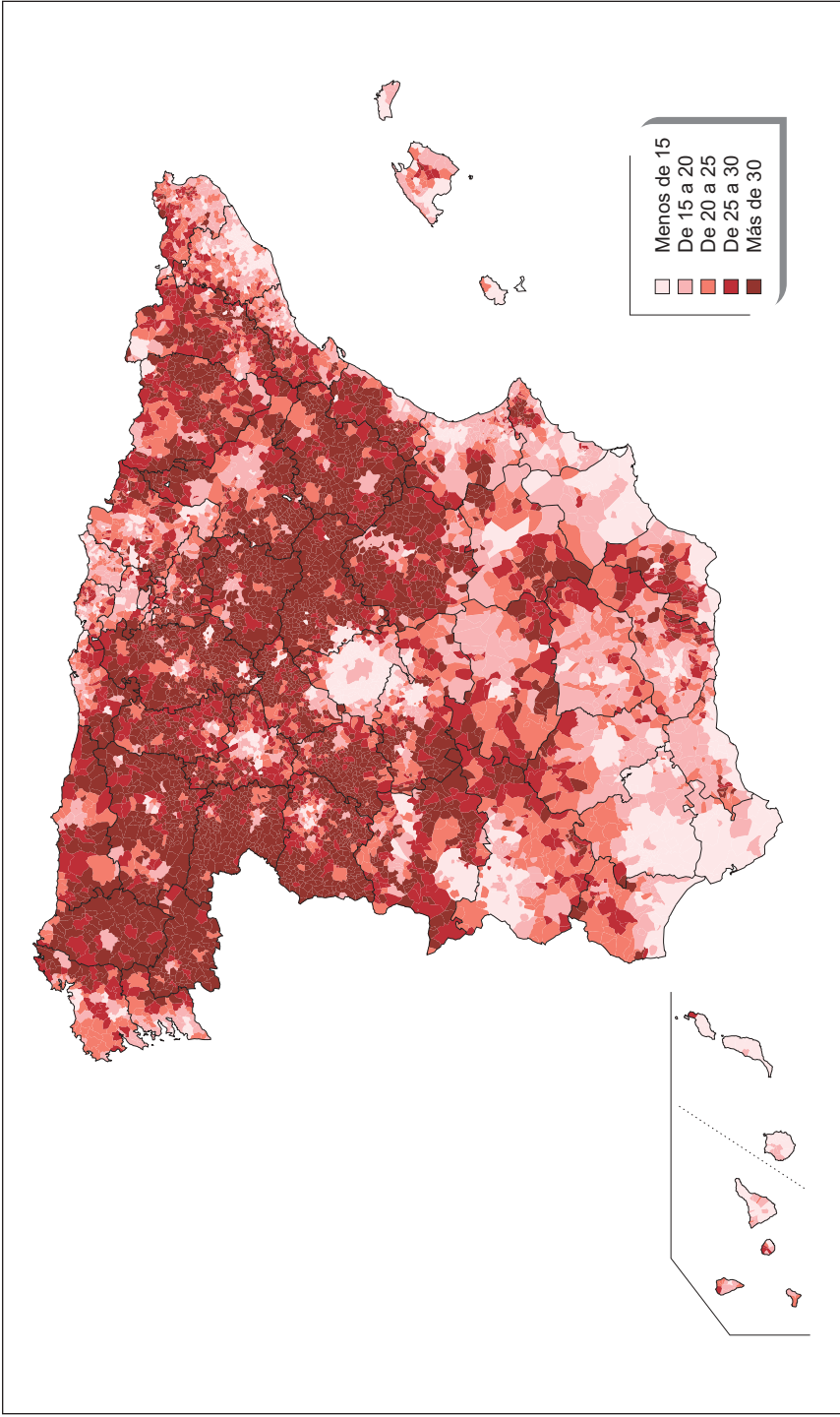
Gráfico 14 – Municipios con menos de 201 habitantes. 2001



Nota: La unidad de referencia de este mapa es el municipio como entidad administrativa. La consideración de entidades de población ampliaría el territorio afectado por la situación de despoblamiento y añadiría nuevas áreas, como aquellas que han practicado una política de agregación de municipios de escaso tamaño demográfico o las que se caracterizan por un poblamiento disperso, caso de Galicia, Asturias o Murcia.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es

Gráfico 15 – Población de 65 y más años por municipios. En porcentaje. 2001



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, Censo de población 2001, en www.ine.es

ta a nivel local. Esta preocupación ha impulsado la puesta en marcha de iniciativas diversas con el fin de frenar el decrecimiento de la población. Una de las más conocidas por su repercusión mediática es la organización de caravanas de mujeres, de las que fue pionero el pueblo oscense de Plan, inspirándose en la historia narrada por una película del oeste americano. Estas *caravanas de mujeres* pretenden, mediante la organización de fiestas para mujeres a las que se les paga el viaje y el alojamiento, favorecer la formación de nuevas parejas y mitigar así la soltería masculina causada por una superior emigración femenina. La propuesta de Plan ha sido imitada por otros pueblos, como El Hoyo de Pinares (Ávila) o Navamorcuende (Toledo).

Otros municipios promueven iniciativas para atraer familias, especialmente parejas jóvenes con hijos pequeños, brindándoles facilidades de todo tipo. Puesto de trabajo garantizado y vivienda gratuita son dos de las ofertas más habituales, como ocurrió en Villanueva de Oscos (Asturias). Estas propuestas son bien recibidas por familias sin trabajo, personas que rechazan la ciudad y valoran la vida rural y, de forma reciente, por familias extranjeras. Aunque son estrategias que no desplazan a un gran número de personas y, además, consiguen un éxito desigual –ya que no siempre se logra una plena adaptación y que las familias se establezcan de forma permanente– son fórmulas para hacer frente a la amenaza de la desaparición.

¿Cuál es el futuro de municipios como Balconchán (Zaragoza), Olmeda de la Cuesta (Cuenca), Salcedillo (Teruel) o Tordelrábano (Guadalajara), todos ellos con menos de 40 habitantes y más de un 80% de población mayor de 65 años? La respuesta hace temer por su total despoblamiento, con la pérdida del patrimonio cultural que supondría y con las serias consecuencias paisajísticas y medioambientales que conllevaría. Por un lado, la despoblación hace desaparecer la riqueza de tradiciones e historia, de los elementos que confieren a un pueblo identidad propia. Pero, por otro, tampoco cabe olvidar que significa la degradación de las viviendas de la zona y el abandono de bosques y campos de cultivo que anteriormente formaban parte de un paisaje humanizado. Este último aspecto no debe considerarse únicamente desde una perspectiva estética, sino como un elemento estrechamente relacionado con la protección del medio ambiente y del patrimonio natural. Por ejemplo, existe una relación entre el incremento de la superficie devastada por los incendios y el aumento de zonas boscosas o de maleza que no son limpiadas y conservadas por el abandono de la agricultura, la explotación de los bosques o el paso de rebaños. El despoblamiento del mundo rural tiene, en definitiva, un coste muy elevado y difícil de asumir, debido a la diversidad de efectos perversos que comporta y a la gran cantidad de municipios que se ven amenazados.

3.2 La influencia del retorno

La pérdida de población y la emigración de los jóvenes representa una parte del panorama migratorio de las áreas rurales. Sin embargo, no es la única. Así, por ejemplo, una corriente migratoria complementaria que destaca de manera especial al insertarse en un contexto de pérdida de población es la migración de retorno. A partir de la década de los años ochenta del siglo pasado se observa en las áreas rurales una corriente no muy cuantiosa, pero sí significativa y continua, protagonizada por familias en las que al menos uno de sus miembros retorna al lugar de nacimiento.

Entre 1991 y 2001, 290.081 personas volvieron a la provincia de nacimiento tras haber vivido en otra distinta; en la década anterior, la cifra ascendió a 400.119 personas. A pesar del descenso del número de retornados, estos desplazamientos siguen ejerciendo una influencia considerable sobre la migración, pues explican casi una cuarta parte de la migración interprovincial en ambas décadas. Su papel es especialmente determinante en los municipios rurales, donde en los años noventa representaron casi un 33% del total de personas que se trasladaron a municipios menores de 2.001 habitantes procedentes de otra provincia.

Las personas que en la etapa del éxodo rural dejaron su pueblo de origen para irse a la gran ciudad mantienen a menudo una relación estrecha con el lugar que les vio nacer: tienen familiares y amigos y, además, conservan una vivienda acondicionada, pues acostumbran a pasar en ella períodos vacacionales. Según los resultados de la encuesta *Familitur*, realizada por el Instituto de Estudios Turísticos, en el año 2003 casi un 24% de los movimientos turísticos de los españoles tuvieron como principal motivación la visita a familiares y amigos. Así, la población española durante el mes de agosto se redistribuye de forma muy distinta a la que es habitual, pues se produce el vaciamiento de las ciudades y el desplazamiento hacia las costas y también hacia los pueblos de interior. Al llegar las vacaciones, los pueblos que se aletargan durante el año con sus pocos y envejecidos residentes se llenan de familias que no viven en ellos durante el año, pero que encuentran allí un lugar tranquilo, con un clima y entorno ambiental agradable y de coste menor para la economía familiar donde pasar los períodos no laborales. Las segundas generaciones, es decir, los hijos de los emigrantes, se acostumbran desde pequeños a pasar las vacaciones con sus familias, por lo que forjan allí redes de amigos estivales que muchas veces perviven con el paso de los años.

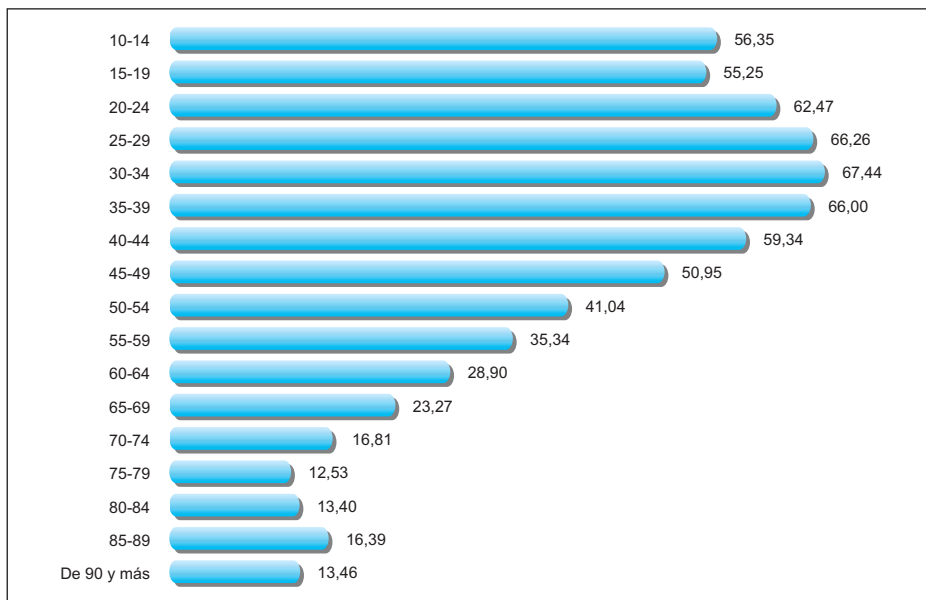
El mantenimiento de propiedades y de redes familiares y sociales por parte de los emigrantes tras su marcha propicia que, en algún momento de su vida, puedan desandar su camino y regresar al lugar de partida. Se puede apreciar, por ejemplo, que, de acuerdo con los datos del Censo de población de 2001, un 36% de los retornados vive en una vivien-

da pagada, un 8% en una heredada o donada y un 4% en una cedida gratis o de bajo precio. En resumen, casi la mitad de los retornados no pagan la vivienda donde residen, proporción que no alcanza el 30% cuando se considera el conjunto de población que cambia de provincia de residencia.

El prototipo de retornado es el que protagoniza su cambio de residencia una vez que abandona el mercado laboral; lógicamente, mientras se trabaja, las posibilidades de elegir el lugar donde vivir se ven seriamente restringidas. En cambio, una vez jubilada, la persona se libera de esta limitación. Ello explica que más de un 60% de las migraciones interprovinciales de mayores de 60 años que se dirigen hacia municipios rurales sean protagonizadas por personas que retornan (gráfico 16).

Sin embargo, el retorno no afecta exclusivamente a jubilados, sino que también se aprecia en la llegada de población algo más joven. En algunas ocasiones se trata de personas que se trasladan con el jubilado que retorna, ya sea su cónyuge u otros miembros de la familia. En otras son familias cansadas de las grandes ciudades o en una situación de desempleo que intentan iniciar una nueva vida en el lugar al que retornan, buscando trabajo en la zona o montando un pequeño negocio. Y, finalmente, puede responder a una etapa de reflexión, mientras se decide dónde iniciar una nueva aventura migratoria, tras haber pasado un período en un lugar que demanda mano de obra de forma irregular o estacional. La disponibilidad

Gráfico 16 – Población que retorna desde otra provincia a municipios rurales (menos de 2.001 habitantes) por grupos de edad. En porcentaje sobre el total de la inmigración interprovincial. 2001



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es

de vivienda propia, el buen conocimiento de la zona y la ayuda de familia y amigos que viven allí son aspectos que facilitan este tipo de migración.

Desde el punto de vista demográfico, el retorno contribuye al crecimiento de la población. Este tipo de movimientos supone un aporte significativo para los municipios de pequeño tamaño, ya que, a pesar de no representar volúmenes muy cuantiosos, frenan el despoblamiento de una zona. La llegada de nuevos habitantes ayuda a reanimar la actividad económica –especialmente comercial–, como creadores de empleo y como consumidores, convirtiéndose, de alguna manera, en un “motor limpio” de desarrollo. Igualmente, pueden dinamizar la vida social o la actividad pública del pueblo en aquellos temas en que es determinante la existencia de un número suficiente de habitantes.

Pero el aumento de población también significa una sobrecarga para los servicios públicos del lugar de llegada, generalmente preparados y dimensionados para atender a los autóctonos. Este efecto es especialmente notorio en el caso de la llegada de los recién jubilados –los llamados “viejos-jóvenes”– que pasan a engrosar el número de personas de edad que se cuentan entre sus residentes, lo que obliga a redimensionar los servicios de atención disponibles para este colectivo.

Uno de los aspectos interesantes de los movimientos de retorno es su duración, es decir, si se convierten en desplazamientos definitivos o temporales. En primer lugar, algunos de los retornados no pasan todo el año en su destino, sino que alternan temporadas en el mismo con otras en la ciudad, donde generalmente reside la mayor parte de sus familiares más próximos. Por otro lado, la adaptación a la vida en el entorno rural no siempre es fácil. Muchos de los que protagonizan estos movimientos provienen de zonas urbanas y metropolitanas, por lo que la migración implica una transformación drástica en su modo de vida. Este cambio radical origina problemas de integración, especialmente duros para el retorno de los más jóvenes y para la llamada migración de “arrastré”, principalmente la pareja e hijos que acompañan a la persona que toma la decisión de migrar. Por ello, algunos desplazamientos fracasan; es decir, algunas personas –especialmente mujeres– no se adaptan a las nuevas condiciones de vida, propias del mundo rural, y regresan al lugar de partida o lo intentan de nuevo en otro destino. También se repite con frecuencia la situación de decepción sufrida por los miembros más jóvenes de las familias. Para éstos, el pueblo es sinónimo de vacaciones y diversión; la imagen que tienen del mismo es la propia del verano, es decir, con muchos más habitantes de lo habitual, con familiares y amigos de su edad, buen clima y cierta animación. El paso de la imagen paradisíaca a la decepción es muy rápido en cuanto se conoce la otra cara de la moneda: la realidad invernal de ese mismo pueblo.

Igualmente, no es inusual que los “viejos-jóvenes” que se desplazan con ilusión y energía tras su jubilación, en buenas condiciones de salud y con pareja cambien su percepción del pueblo conforme aumenta su edad, empeora su salud o entran en una situación de soledad debido a la muerte de uno de los cónyuges. Cuando una de estas condiciones se produce, es muy probable que vuelvan a valorarse otros aspectos: proximidad a los hijos –residentes mayoritariamente en áreas urbanas y metropolitanas–, facilidad de acceso a los equipamientos sanitarios o una buena red de transporte público, entre otros. Por ello, la vuelta a la ciudad en las edades más avanzadas es un recorrido frecuente.

A pesar de las dudas sobre la permanencia de las familias retornadas, lo cierto es que su volumen e impacto las convierten en corrientes importantes para el mundo rural, ya no sólo en el caso de los que ya han vuelto, sino también en el de los que, esperando el momento para retornar, cuidan su casa y se preocupan por su pueblo desde la distancia.

3.3 Las áreas rurales que “renacen”

En las dos últimas décadas algunas de las áreas rurales que venían experimentando una pérdida continuada de población inician un proceso de recuperación demográfica, fenómeno que se interpreta como un síntoma de *renacimiento*. Este renacimiento se sustenta en el cambio de signo de su saldo migratorio, es decir, en que la inmigración supera a la emigración. En algunos casos, los índices de crecimiento demográfico alcanzan una indiscutible intensidad (tabla 5), de manera que representan el lado totalmente opuesto a la ruralidad que se despuebla y expulsa a sus jóvenes.

Pese al optimismo que despiertan estas muestras de renacimiento, el análisis de la situación obliga a aquilatar la dimensión de esta mutación, pues esta recuperación demográfica y revitalización no es un fenómeno generalizado, sino que se circunscribe a un porcentaje reducido de municipios.

En el caso francés, el diagnóstico llevado a cabo coincide en identificar este tipo de diversidad en las tendencias constatadas en las áreas rurales de dicho país. Los estudios más recientes apuntan a la existencia de tres tipos de territorios rurales en Francia: un “campo de las ciudades”, fuertemente influenciado por las zonas urbanas; un “campo frágil”, en situación de descenso económico y demográfico; y, finalmente, un “nuevo campo, a la búsqueda del equilibrio, alrededor de pequeñas ciudades y cimentado en el desarrollo turístico”³⁷. Una situación similar puede identificarse en el caso español, donde la diversidad es un hecho evidente (gráfico 17).

³⁷ DATAR (2003): *Quelle France rurale pour 2020? Contribution à une nouvelle politique de développement rural durable*. París.

Tabla 5 – Evolución de la población de algunos municipios rurales (menos de 2.001 habitantes). 1991-2001

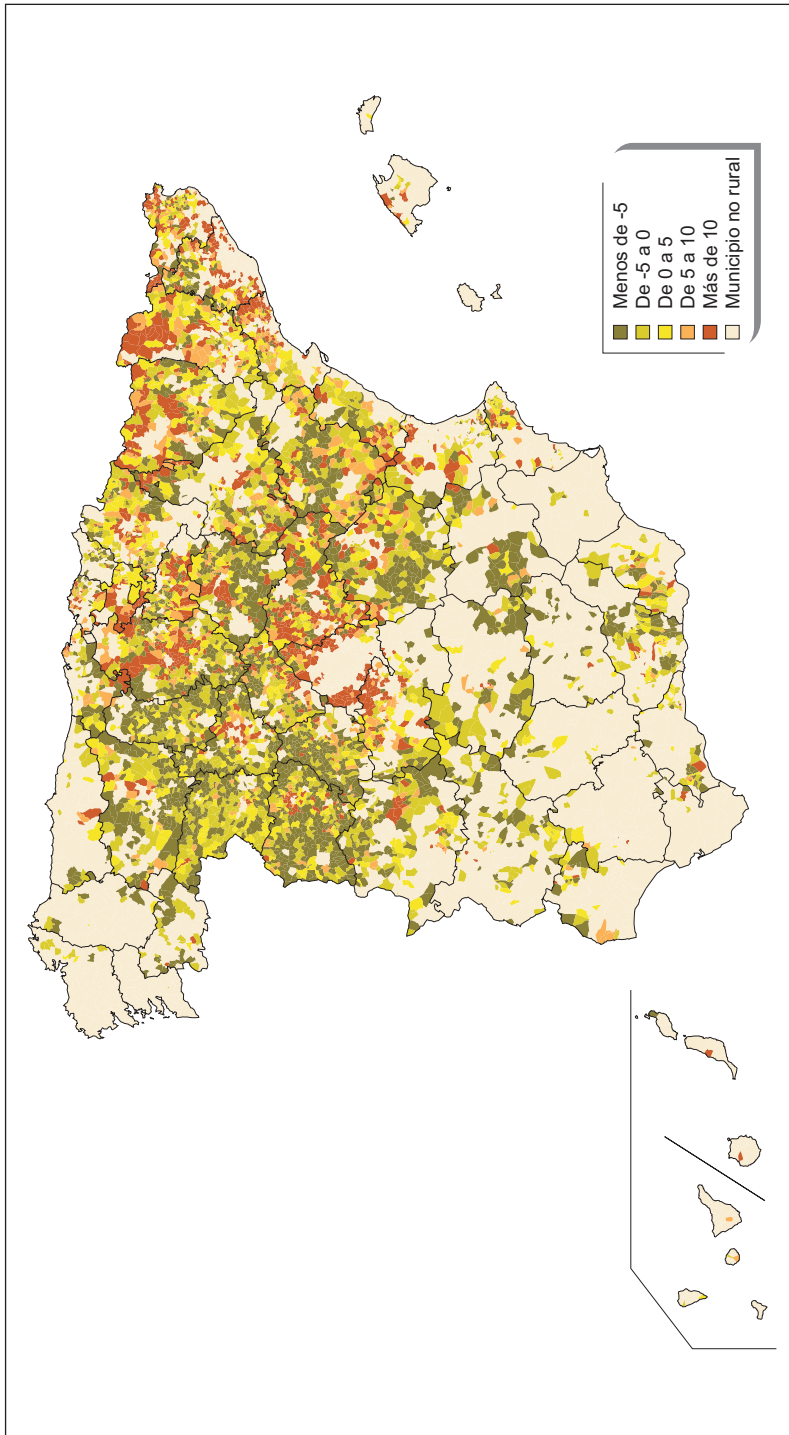
	1991	2001	% de variación 1991/2001
Villanueva de la Torre (Guadalajara)	114	2.960	2.496,49
Nuevo Baztán (Madrid)	466	4.073	774,03
Cobisa (Toledo)	323	2.219	587,00
Cerveruela (Zaragoza)	4	25	525,00
Castilleja de Guzmán (Sevilla)	360	1.870	419,44
Monterrubio de Armuña (Salamanca)	125	630	404,00
Cabanillas del Campo (Guadalajara)	1.068	4.987	366,95
Arroyomolinos (Madrid)	1.236	5.541	348,30
Ugena (Toledo)	463	1.945	320,09
Olmeda de Jadraque (La) (Guadalajara)	5	21	320,00
Pallaresos (Els) (Tarragona)	668	2.701	304,34
Serranillos del Valle (Madrid)	478	1.759	267,99
Vacarisses (Barcelona)	863	3.173	267,67
Olivilla (Barcelona)	401	1.453	262,34
Henche (Guadalajara)	30	106	253,33
Carbajosa de la Sagrada (Salamanca)	673	2.290	240,27
Fanlo (Huesca)	50	170	240,00
Torrejón del Rey (Guadalajara)	437	1.460	234,10
Sevilla la Nueva (Madrid)	1.348	4.499	233,75
Fresno de Torote (Madrid)	227	745	228,19
Pioz (Guadalajara)	190	620	226,32
Arroyo de la Encomienda (Valladolid)	1.406	4.588	226,32
Torrejón de la Calzada (Madrid)	1.527	4.890	220,24
Villalbilla (Madrid)	1.860	5.944	219,57
Villar del Olmo (Madrid)	497	1.587	219,32
Lastrilla (La) (Segovia)	635	2.000	214,96
Castellnou de Bages (Barcelona)	196	601	206,63

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Censo de población*, varios años.

Es evidente la pervivencia de un mundo rural en situación de despoblamiento y abandono, con fuertes tasas de migración neta de signo negativo, circunstancia en la que se halla inmersa la gran mayoría de los municipios de pequeño tamaño demográfico. Por su lado, las áreas rurales que experimentan cierta recuperación demográfica en España responden a situaciones muy concretas:

○ Un conjunto de municipios cercanos a las ciudades se han convertido en áreas de expansión residencial de las mismas. Ya se ha comentado el proceso de suburbanización que en los últimos años afecta a gran parte de las áreas urbanas españolas. Por ello, no es de extrañar que cuando se

Gráfico 17 – Tasa anual de migración neta de los municipios rurales (menos de 2.001 habitantes). En tanto por mil. 1991-1998



Nota: La unidad de referencia de este mapa es el municipio como entidad administrativa. La consideración de entidades de población ampliaría el territorio afectado por la situación de despoblamiento y añadiría nuevas áreas, como aquellas que han practicado una política de agregación de municipios de escaso tamaño demográfico o de las que se caracterizan por un poblamiento disperso, caso de Galicia, Asturias o Murcia.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años.

observa el mapa del mundo rural que aumenta de población aparezcan ampliamente representados aquellos municipios de menor tamaño que se localizan en las áreas de influencia de las ciudades. En estos casos, la recuperación demográfica es más un proceso imbuido por fuerzas ajenas que un mecanismo de transformación propio. Además, el crecimiento demográfico no conlleva, necesariamente, un desarrollo o mejora en otros campos, como la creación de puestos de trabajo, el fortalecimiento del sector comercial o el reforzamiento de las actividades de la localidad. En muchas ocasiones se trata de una nueva modalidad de *barrios dormitorio*.

En la misma condición de municipios rurales cercanos a las urbes cabe entender el crecimiento industrial de algunos casos, como sucede en Ugena (Toledo), donde se ubican polígonos industriales que operan como zonas de descongestión urbana. La expansión geográfica de la dinámica metropolitana a la búsqueda de menor saturación y precio del suelo más barato –y favorecida por las facilidades del transporte privado por carretera– contagia a una parte cada vez más amplia del territorio. Los municipios pequeños incluidos en el área de expansión se transforman rápidamente. Desde el punto de vista de las actividades productivas y del componente social de su población, se trata de municipios que ya pueden considerarse como urbanos; desde el punto de vista de su número de habitantes, es muy probable que abandonen esta condición de manera rápida, al traspasar el umbral de los 2.000 habitantes. Los debates que giran en torno a estas tendencias se plantean los límites de la expansión territorial de la vida y actividades urbanas. En ese mismo sentido, surge la discusión sobre si se trata de un proceso que se debe autorregular de acuerdo a sus necesidades o si es una tendencia que conviene moderar y dirigir, atendiendo a las demandas y características de los espacios afectados.

○ La recuperación demográfica de otras zonas rurales responde a cambios en la vida económica del propio municipio y a la creación de puestos de trabajo que actúan como factor de fijación de la población. Aunque es posible encontrar ejemplos en cualquiera de los sectores económicos, el más claro es el que afecta a las zonas turísticas. El desarrollo del turismo ha servido como dinamizador del litoral, especialmente del Mediterráneo, de forma que son pocos los municipios menores de 2.001 habitantes en este territorio. A las zonas turísticas del litoral se deben añadir las zonas de montaña donde es posible la práctica del esquí, se ha desarrollado un turismo rural o de aventura o hay un turismo residencial. El exponente más claro de este giro se encuentra en los municipios rurales de las provincias de Girona, Lleida y Huesca.

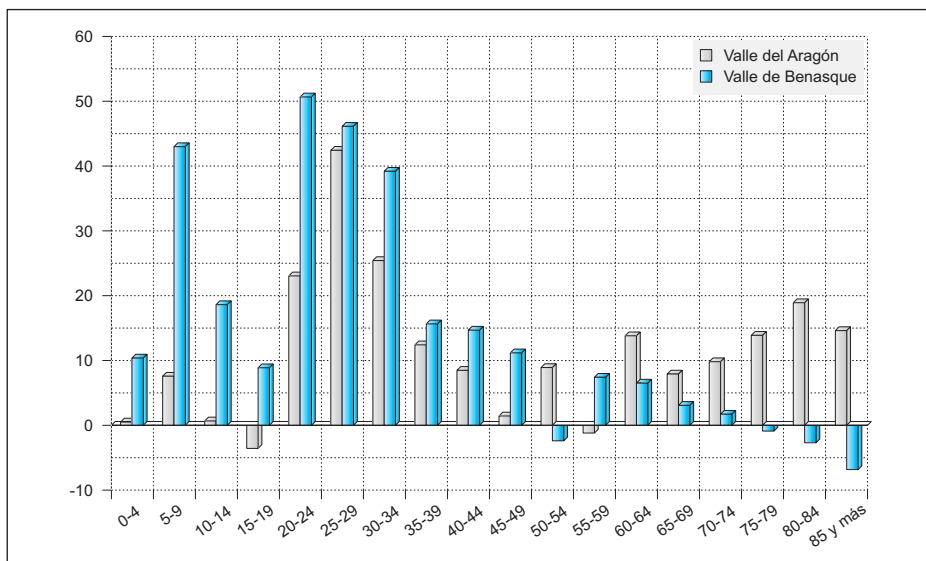
Otros ejemplos excelentes de este tipo de expansión son el Valle del Tiétar o la Sierra de Guadarrama, que se han convertido en áreas de turismo de fin de semana y vacacional de los residentes en Madrid. Estos municipios rurales acogen un volumen considerable de segundas residencias,

utilizadas la mayoría de los fines de semana y los períodos vacacionales, por lo que encuentran en la influencia de sus visitantes un sólido elemento de crecimiento y desarrollo o, al menos, un punto de freno de su despoblación. En estos casos, la construcción se ha convertido en un verdadero motor del crecimiento económico, además de la expansión del sector servicios que se organiza para dar respuesta no sólo al turismo de temporada, sino a los fieles visitantes de fin de semana.

Un estudio aplicado al caso de Castilla y León³⁸ apunta las repercusiones económicas de las segundas residencias en los municipios rurales de dicha comunidad autónoma, constatando sus efectos positivos tanto en sectores de actividad concretos –como son la construcción, el comercio y la hostelería–, como en su nivel de renta per cápita.

A pesar de la fuerte estacionalidad del turismo, la actividad que genera este sector es capaz de actuar como reclamo migratorio. Así sucede en algunos de los valles de Huesca, como el de Benasque o el del Aragón, que experimentan un crecimiento migratorio intenso, sobre todo entre el grupo de los adultos-jóvenes (gráfico 18), que se puede apreciar también

Gráfico 18 – Tasa anual de migración neta en los valles del Aragón y de Benasque por grupos de edad. En tanto por mil. 1991-1998



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Estadística de variaciones residenciales*, varios años; INE, *Censo de población 2001*, en www.ine.es; e INE, *Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 1998*, en www.ine.es

³⁸ Córdoba, V. et al. (2001): “La segunda residencia en el medio rural de Castilla y León”, en *Actas del 7º Congreso de Economía Regional de Castilla y León*. Soria: Colección Estudios Económicos.

en los municipios rurales del valle. La actividad del Valle de Benasque se articula en torno a este municipio y a la estación de esquí de Cerler; el Valle del Aragón cuenta con Jaca como ciudad principal y las estaciones de esquí de Astún y Candanchú.

○ El tercer grupo de municipios rurales que crecen es el de los que han logrado una transformación del sector agrario. Las comarcas que se dedican a la explotación vitivinícola son ejemplo de este resurgir rural, especialmente destacado en el caso de la comunidad autónoma de La Rioja y también de la Rioja alavesa. Otras zonas basan su reactivación económica en la introducción de la agricultura intensiva, como sucede en los municipios almerienses conocidos como “el mar de plástico” o “la huerta de Europa” por la expansión del cultivo en invernaderos.

Al margen de estas situaciones, los ámbitos rurales que se convierten en zonas de atracción de población en edad activa son casos puntuales con escasa repercusión territorial.

Uno de los peligros del nuevo desarrollo de las áreas rurales es la excesiva dependencia de la población foránea. Cuando se trata de crecimiento residencial, la expansión de la ciudad a zonas rurales se hace a gusto de los futuros residentes, que diluyen la identidad y voluntad de los autóctonos. La situación se repite cuando se trata de lugares que se nutren del turismo, ya sea de montaña o de playa. La proliferación de apartamentos o casas no respeta parajes naturales y se hace de acuerdo con las exigencias del futuro comprador, para el que se prepara todo y que, en cambio, estará en el municipio una ínfima parte de los días del año.

Aunque no se trate de una situación generalizable, la revitalización de algunos municipios rurales abre una luz de esperanza a otras zonas que buscan salir de su situación negativa. En estos lugares saben que el freno de la emigración es el primer objetivo a conseguir; el segundo es el aumento de la inmigración, sobre todo de población en edad activa. Para que esto se produzca, el elemento principal es la existencia de puestos de trabajo y, en segundo lugar, garantizar un mínimo de calidad de vida, tanto en servicios y equipamientos como de accesibilidad en transporte privado y público. Se trata, en definitiva, de asignaturas pendientes a las que el mundo rural trata de hacer frente. En este sentido, iniciativas que están dando buenos resultados son las mancomunidades de municipios con el fin de garantizar la dotación de servicios a los residentes de una determinada área. De esta manera, servicios que serían inviables –ya sea por la inversión que suponen, por el coste de su mantenimiento o por el escaso tamaño de la demanda a la que abastecen–, adquieren viabilidad demográfica y económica cuando se destinan a un conjunto de municipios. Esta práctica garantiza al residente en un municipio rural la posibilidad de acceder con facilidad a equipamientos y servicios que, aunque no estén ubicados en su mismo municipio de residencia, sí se localizan a una distancia razonable.

En definitiva, la lucha de los municipios rurales por evitar una mayor erosión de su capital humano y social está dando lugar a estrategias que han de servir de modelo de inspiración para buscar soluciones en otros casos. Aunque no existe una fórmula única que garantice el éxito, dada la enorme diversidad del mundo rural, las áreas rurales que renacen son la mejor muestra de que el destino de los municipios de menor tamaño demográfico no es único ni sigue una trayectoria unidireccional que los conduce, irremediabilmente, hacia su abandono y despoblación.